BENITO MUSSOLINI

VIDA DE ARNALDO

EDICIONES TOR

BENITO MUSSOLINI

VIDA DE ARNALDO

Traducción de Augusto Scarpitti y Jorge F. Sergi

Prefacio de F. T. Marinetti

Notas de Humberto Loretani — Ilustraciones de Gino Maggi

EDITORIAL TOR
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

Bajo los altos auspicios de S. E. Rafael Guariglia
Embajador de S. M. Víctor Manuel III
Rey de Italia y Emperador de Etiopía.

ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES

La original individualidad del Duce, su personalidad tan señalada que no puede confundirse con ninguna otra, hizo que en los primeros momentos titubeáramos ante la honrosa deferencia que tuvo para con nosotros el señor Tomás Milani, el cual, llevado por los ciertamente laudables fines culturales que persigue, dejó a nosotros el desempeño de la traducción de VIDA DE ARNALDO, escrita por su mismo hermano, Benito Mussolini.

En efecto, nuestra atención se halló absorbida por el propósito de ofrecer en la medida de lo posible una traducción arreglada en un todo a la letra del texto, palabra por palabra,

sin adherencias ni mutilaciones, como suena y sin comentarios, (a no ser algunas notas aclaratorias indispensables, las cuales van por separado), ni interpretación, ni tergiversación de ningún género.

Así, pues, no somos intérpretes, ni glosadores de cuño corriente. La versión de VIDA DE ARNALDO, volviéndola de su idioma al nuestro, no ha sido realizada mediante explicaciones arbitrarias, ni dando sentido o inteligencia impropios al texto, como ocurre a menudo en la traducción de obras literarias, donde sucede con frecuencia que el traductor se preocupa menos de lo que ha de decir que de cómo lo ha de decir, esto es, más en la forma que en la esencia a fondo de la obra, sino trasladando fielmente a nuestra lengua las grandes y originales verdades que están escritas en la edición italiana y que giran alrededor de la edad heroica del Fascismo, como podría aseverarlo cualquiera que se tomase el trabajo de practicar el cotejo.

Haciendo abstracción de los párrafos emotivos, que no son escasos, porque con ello el Duce nos recuerda los momentos que pasó con su malogrado hermano Arnaldo y los contados placeres y numerosos dolores que con el mismo compartiera, la obra que presentamos

hoy al lector forma parte de la alta política, de manera que hemos respetado la gramática, el sello particular que reviste la obra del Duce, de igual manera como se estila cuando se trata de acatar la suprema voluntad de un testador, dejando a salvo, por lo tanto, una personalidad que tiene perfectamente definida y acentuada su manera de ser, y cuyo dinámico e inconfundible estilo refleja un hombre de acción único en la época moderna.

En esta forma, los que se ven obligados a recurrir a la versión castellana, para inspirarse en la vida y obras del Duce, en virtud de nuestro trabajo, tendrán la oportunidad de conocer algunos de los resortes capitales que han consolidado la Mística Fascista en Italia y la ocasión también de apreciar la sinceridad con que el hombre sin mácula, que tiene al presente en sus manos los destinos del gran pueblo italiano, paga a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.

Ciertamente, una conveniencia de lugar para estar, como lo hemos estado nosotros, más cerca de Benito Mussolini y experimentar la emoción que se deriva del carácter polémico, agresivo y batallador de su prosa, hija natural y legítima del temperamento más per-

sonalísimo, más natural, más patriótico, hábil y luminoso de los tiempos actuales.

AUGUSTO SCARPITTI
JORGE F. SERGI

PREFACIO

La vida de Arnaldo fué por parte del Duce una manifestación de afecto fraterno tan conmovedora cuanto esperada ya que nadie preveía tanta solicitud de valoraciones precisas y tan cuidada transparencia de estilo en la dura y dinámica labor de guiar a Italia y a menudo al mundo.

Era necesario distraerse y buscar en el fondo del corazón el eco de una asidua bondad inteligente y fiel e innumerables útiles obsequios al alto comando y a sus enormes responsabilidades.

Era necesario despertar en los nervios las jornadas heroicas y convulsas de pasión del

escuadrismo milanés en torno al "Popolo d'Italia" entonces manejado administrativamente por el buen Arnaldo férreo y cuerdo.

Con mis amigos poetas futuristas Mario Carli, Armando Mazza, Pinna, Bruno Corra, Settimelli y el capitán de los "Arditi" Ferruccio Vecchi, nos ocurrió el 23 de marzo en la Sala de los Comerciantes de Piazza Sansepolcro preguntarnos cómo podría nuestro sagrado diario insurreccional hallar la indispensable publicidad las bobinas de papel y los magros salarios de los redactores.

No menos heroico el Comité Central de los Fascios de Combate reunía a menudo a Benito Mussolini, Miguel Bianchi, Pasella, a mí y otros audaces en torno a una mesa en que el luminoso ideal de la Patria tomaba la forma de una bomba Thevenot de un puñal pero nunca la del dinero.

En realidad todos considerábamos descartada una fuerza financiera que estaba con todo substituída por la vigilancia y por el sentido práctico del director administrativo Arnaldo Mussolini.

Provisto de una fe ardiente en el hermano que rápidamente se identificaba con la grande pero crucificada Italia de Vittorio Veneto trabajaba cada día para nutrir y refor-

zar esa hoja que debía convertirse en suya casi contra su voluntad.

Cuando el Duce después de haber dirigido y recapitulado las luchas escuadristas contra el social-comunismo llevó sus victoriosos Fascios de Combate a Roma su hermano Arnaldo asumió la difícil tarea de hacer en un artículo de fondo cotidiano las veces de un genio ya mundialmente aureolado.

Sus escritos cada día más clarividentes y sintéticos suscitaron una súbita admiración literaria para aquel que reputaban antes tan sólo un contador excelente.

Se convertía también por obra telefónica el primero y más escuchado consejero del Fascismo en el Poder.

Benito con típico empuje de generosidad explica a los lectores cuánto le fueron proficuas esas conversaciones nocturnas Roma-Milán que le daban la pulsación exacta de la gran ciudad lombarda febril y sacudiente entre insolubles problemas de trabajo ansias no aplacadas de levantamiento rivalidad entre jefes e irrefrenable deseo de perfeccionar la Revolución.

Era para mí y para mi amigo Humberto Notari director del "Ambrosiano" y después de la "Finanza d'Italia" una verdadera fiesta

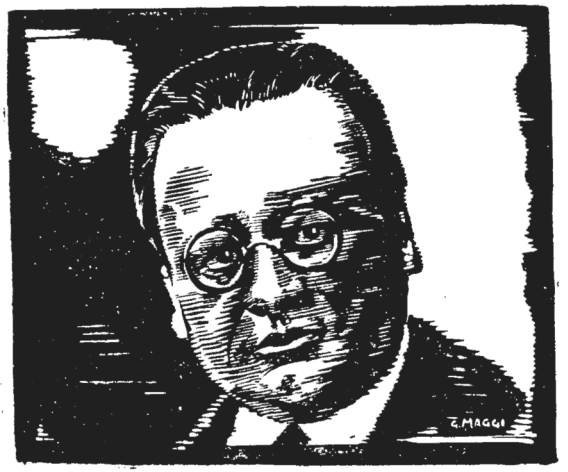
de cordialidad romañola alcanzarlo después de media noche en los talleres comunes o en la sala directorial para gozar su exuberancia de amistad afectuosa sus juicios agudos y sintéticos sobre la política interna y sus mofas al antifascismo extranjero.

Repercutían y chispeaban las voces de los "Arditi" y de los futuristas que pasando por los corredores saludaban airosamente al buen Arnaldo haciéndose así la ilusión de saludar con él también al Duce quien no encontrándose al alcance del apretón de manos estaba presente en las lámparas eléctricas las cuales rememoradoras de tantas jornadas belicosas recordaban sus grandes ojos volitivos.

El periodista Tomás Milani director de la "Roma Press" y Fiduciario para Sud América de los Comités de Acción para la Universalidad de Roma ha hecho con la publicación castellana de este hermoso trabajo del Duce ofrecida a la italianidad de los sudamericanos una obra altamente patriótica.

Obra patriótica que yo esperaba de él tan ligado sentimentalmente a Arnaldo Mussolini al punto de bautizar a su hijo con el nombre glorioso de Arnaldo.

F. T. MARINETTI.



El buen Arnaldo

PRIMEROS RECUERDOS

Quiero escribir, esta noche — 25 de Diciembre de 1931-X (1), una de las más tristes Navidades — quizá la más triste — de mi vida — las primeras páginas del libro que dedico a la memoria de Arnaldo. Hoy, en el Palacio Venecia, durante seis horas, he comenzado la re-

(1) El número latino, después de la fecha, indica en la literatura italiana actual la Era Fascista, esto es, el tiempo transcurrido desde la Marcha sobre Roma e implantación del Fascismo en Italia hasta el año a que se refiere el documento.

visación de los papeles que él dejó; operación ésta necesaria, delicada, que he realizado y seguiré realizando con gran trepidación. He hallado, entre aquellos manuscritos de discursos míos que consideraba perdidos, documentos de alguna importancia política y cartas antiguas, o de reciente data, mías o de terceros, dirigidas a Arnaldo. También las pruebas de un libro de cierta señora Benedetti de Cesena, han venido a mis manos y en ellas he advertido una fecha: 25 de Septiembre de 1896: el primer dolor de Arnaldo y mío, y quizá, de Edvige; digo quizá, porque ella era muy pequeña: la muerte de mi abuela, Mariana Ghetti. La recuerdo con neta precisión: era una mujer alta, enjuta, en continuo movimiento. Su manía era la de marchar a lo largo del río para recoger los detritus leñosos dejados sobre las márgenes por las crecientes, que constituían, junto con los grandes temporales del estío, un acontecimiento en nues-

tras jornadas; otra era la de no querer sentarse nunca a la mesa, con nosotros, para consumir las viandas frugalísimas, consistentes, toda la semana, en una sopa de verdura a mediodía y en un plato de radicha de campo a la noche, servidas en el mismo plato, en común. El domingo, medio kilo de carne de oveja para el caldo, que era necesario espumar continuamente. La intercalación dialectal de mi abuela, muy religiosa, consistía en decir: "Accidenti al peccato mortale" (2) Nos quería mucho, bien que nosotros la hacíamos desesperar bastante. Un día de aquél lejano Septiembre, mi madre y nosotros sus tres hijos, habíamos ido por la tarde a nuestra viña de Camerone, llamada Cuclon, que ella nos había arrendado por nueve años. No era grande y producía más de un carro de uva, o sea ocho quintales, pero había en ella tres higueras, una de las cuales tenía frutas

(2) Maldito sea el pecado mortal.

particularmente dulces. Para trasladarnos a nuestra viña, se partía de Varano, se subía por un áspero sendero, entre las viñas de Filippone y Giuliano; se pasaba por la heredad de Casola, vigilada por un perro que nos amedrentaba siempre y que nos obligaba a llenarnos los bolsillos de piedras un kilómetro antes y finalmente, en el recodo de Camerone, se presentaba a nuestra mirada la llanura de Romaña, las tres torres de Forlí y, a lo lejos, la franja azul del mar, entre Cervia y Cesenático. Ese panorama luminoso y vasto alegraba mis ojos y hacía soñar a mi espíritu.

Aquella tarde, transcurrida en la viña de Cuclon, no sé por qué, fué triste. Nos reunimos junto a nuestra madre y cantamos viejas canciones, una de las cuales decía:

Delle spade il fiero lampo
Troni e popoli sveglió:

Su italiani, al campo, al campo!
Che la Patria ci chiamo! (3)

No sé, ni siquiera hoy, a treinta y seis años de entonces, de quién son estos versos. Mamá nos dijo que los cantaban los soldados del 59 y 66. (4) A la puesta del sol, bajamos a Varano, donde llegamos ya caída la noche. A la entrada del corredor, Bettina de Scaino vino a nuestro encuentro y nos dijo: "*¡La Mariana está mal!*" Subimos todos de prisa las escaleras y hallamos a abuela en los úl-

(3) ¡De las espadas el fiero relámpago
a tronos y pueblos despertó!
¡Arriba, italianos, a las armas, a las ar-
¡Que nuestra Patria nos llamó! (mas!

(4) Dos fechas memorables en la historia del Resurgimiento italiano. En 1859, los italianos, aliados con los franceses, combatieron victoriosamente contra los austríacos en Magenta, Solferino, San Martino y Villafranca; en 1866, el año glorioso de las batallas de Custoza y Bezzecca, la Lombardía y el Véneto, fueron definitivamente anexados al Reino de Italia.

timos estertores. Había terminado. Los funerales fueron modestísimos. Era costumbre entonces que a las mujeres presentes en el funeral se les diera un óbolo: diez "soldi" o una lira. Arnaldo y yo fuimos enviados a la heredad de Piola, del otro lado del río, donde tía Francisca vivía de su campo; mas nuestro corto viaje fué acompañado por el son fúnebre de la campana de la Iglesia de San Casiano. Era una mañana clara y calmosa de sol. Todas las viñas estaban amarillas y frente a las casas había tinas y toneles ya listos para la vendimia. La campana continuaba echada a vuelo en el silencio del valle y golpeaba el aire y a nuestras almas de niños, no más ignaros del dolor y de la muerte. Cuando regresamos después de unos días a casa, abuela ya no estaba; su cama había sido deshecha, el jergón de chala, vaciado y la María de Tibicchio tenía un gran quehacer con el lavado. Mamá nos pareció más pálida que nunca y silen-

ciosa. Arnaldo tenía once años. Nacido el 11 de Enero de 1885, dos años después que yo, no había podido ser amamantado por nuestra madre, ya exhausta por causa mía, y le fué dada por nodriza una campesina de la Casa de los Gaiani, a un kilómetro de Méldola, a la derecha, bajando hacia Forlí. Esta casa de colonos existe todavía; pero no sé si reside en ella siempre la misma familia, que tenía cierto parentesco con nosotros por parte de nuestro abuelo materno. La Casa de los Gaiani tiene un papel importante en la historia de la infancia de Arnaldo y la mía. El pasó allí algunos años y frecuentó las escuelas elementales de Méldola. Después, todos los años, el último domingo de Agosto, celebrándose en Méldola la famosa fiesta de la Virgen del Pueblo, íbamos, como se dice en Romaña, "a parenti", esto es, por uno o dos días éramos huéspedes de los Gaiani. A veces mamá nos acompañaba; pero más a menudo íbamos solos, a pie. Par-

tíamos de Dovia en las primeras horas de la tarde del sábado, ya en vestiduras dominicales — recuerdo que los sastres trabajaban en el domicilio de los clientes — ascendíamos rápidamente, tomando los aún existentes atajos, la colina denominada "Rocca delle Caminate" (5); aquí nos deteníamos para volver a gustar el sentimiento admirativo que nos hacía experimentar el panorama de la llanura, y, por el camino comunal bajábamos a Méldola, donde la vieja roca nos causaba siempre una fuerte impresión. En lo de Gaiani nos acogían con particular cordialidad los hijos, —nuestros

(5) En el pasado, la Rocca delle Caminate surgía solitaria y abandonada en el áspero paisaje de la Romaña. Se llamaba así por las numerosas chimeneas, "camini", que antiguamente se perfilaban detrás de las torres del castillo.

El Duce sintió toda la poesía de aquel ermitaje, que le recordaba los tiempos de su infancia y quiso que fuese reconstruído. Actualmente se reúnen con frecuencia en dicho sitio las más altas personalidades europeas que se dirigen a Italia para conferenciar con el Duce.

primos lejanos,— y con ellos íbamos por los campos a buscar, —entre las vides— las primeras uvas maduras, o nos deteníamos detrás de los pajares donde una hilera de granados despertaba nuestras admiraciones golosas. Entretanto la era se llenaba de birloches que habían conducido otras ramas de la parentela.

Al día siguiente, domingo, íbamos todos a misa, en la iglesia de la Virgen. En ella ejecutaba la banda municipal. De entonces me ha quedado grabada una sinfonía de Rossini. A las once, a lo largo de las calles — plenas de movimientos y de clamores, impregnadas asimismo por olorcillos de cocina, que salían de muchas tabernas al abierto o improvisadas — íbamos al mercado, más allá del canal donde decenas de parejas bailaban al aire libre. A veces las orquestas se componían tan sólo de una armónica; pero otras veces, en los años de cosecha abundante, alegraban piernas y corazones las orquestas más renombradas

de la Romaña, como los Zangheri de Méldola — gran clarinete — el Zaclén de Cesena y el Ciego de la Terrabusa, ambos violinistas de gran reputación. A mediodía, a lo largo del camino polvoriento — entonces eran desconocidos automóviles y asfaltos — nos recogíamos alrededor de la mesa abundantemente provista de manjares y de vino. A las cuatro, nuevamente en la Ciudad, para asistir al número más emocionante de la jornada: la carrera de jinetes desde la estación del tranvía (el tranvía belga de siempre, hoy substituído por los automóviles) hasta la subida del "Praticello", o sea, todo el recorrido. Recuerdo el clamor del gentío, que dejaba cancha a los caballos pocos metros antes de que pasaran, ¡y yo me asombraba! Veo todavía las chispas de sus herraduras percutiendo el empedrado y el retorno triunfal del jinete vencedor. Desde ese momento, hasta la oración, baile y vino y canciones. Pero a la noche el espectáculo que más me

atraía y extasiaba era el constituído por la girándula. Los armazones de los fuegos artificiales se levantaban en la plaza principal cerca del cuartel de carabineros; había una muchedumbre inmensa que seguía con exclamaciones de júbilo el desarrollo de los fuegos, alternado con la fragorosa explosión de cohetes, y, como apoteosis del espectáculo se quemaba la girándula principal, que duraba larga, polícroma, con el nombre de María en el medio, y conmovía a la multitud reconduciéndola, después de las diversiones, las libaciones y los trajines de la jornada, al motivo religioso de la fiesta. La plaza se hundía en la obscuridad y nosotros, a pie, regresábamos, comentando a Casa de los Gaiani. Antes de dormirnos, Luis, nuestro coetáneo, nos entretenía con sus juegos de adivinanzas. Al día siguiente volvíamos a Dovia, rehaciendo el camino de la ida, en sentido inverso y, algo cansados y aturdidos, narrábamos los detalles de la fiesta a

nuestros amigos Donato Amadori de la Puntirola, Romualdi Valzanía, el Campanino (este último fallecido) y otros de menor edad.

Arnaldo y yo dormíamos entonces en la misma habitación, en la misma cama grande de hierro, construída por mi padre, sin colchón y con jergón de chala. Nuestro departamento se componía de dos piezas en el segundo piso del palacio Varano y para entrar se necesitaba pasar por la tercera habitación, que era la escuela. Nuestra habitación servía también de cocina. Al lado de la cama había un ropero de madera rojiza, que contenía nuestros vestidos; enfrente había un estante en forma de arco, lleno de viejos libros y de viejos periódicos. Arnaldo y yo los hojeábamos: fué allí donde leímos las primeras poesías, las primeras hojas ilustradas, como *L'Epoca*, que entonces aparecía en Génova, y fué entre esas casillas que un día hice un descubrimiento que me llenó de curiosi-

dad, de estupor y de emoción: hallé las cartas de amor que mi padre había escrito a mi madre. Leí algunas. Frente a la cama, estaba la ventana. Desde allí veíamos el Rabbí, las colinas y la luna que surgía detrás de Fiordinano. Del otro lado de nuestro lecho se hallaba la artesa para el pan y poco distante el hogar casi siempre apagado. En la otra habitación dormía mi padre, mi madre, Edvige. El mobiliario consistía en una cómoda y en un gran ropero de madera blanca, en cuya cima hacían gala de su presencia nueve rollos de tela para lencería, de los cuales mi madre estaba particularmente orgullosa y celosa. En el centro, una mesa sobre la que yo estudiaba. Y en esta misma mesa es donde poco más tarde hice mis primeras lecturas genéricas, que iban de la *"Moral"* de los positivistas de Roberto Ardigó, entonces en boga, a la *"Historia de la Filosofía"* de Fiorentino; de *"Los Misera-*

bles'' de Víctor Hugo, a las *''Poesías''* de Manzoni.

Especialmente en verano, Arnaldo era mi compañero de juego y de aventuras. En invierno hacía frío en nuestra casa ahumada, y sólo la nieve nos proporcionaba un poco de alegría. La miseria en torno nuestro era grande. Se nos prestaba pan, aceite, sal. Cuando los labradores trabajaban recibían 28 "soldi" por una jornada entera. Un acontecimiento que permaneció grabado en nuestras memorias y que muchas veces, después, recordé a Arnaldo, fué la partida de los emigrantes para el Brasil. De Varano partió Mateo Pompignoli. Escenas de conmoción y de lágrimas. Recuerdo que por la noche, a lo largo de la escalera mal alumbrada por lámparas a petróleo, bajaban los que se marchaban con los hombros cargados de grandes sacos mientras los parientes desde la baranda continuaban gritando sus adioses. La mayoría de ellos no ha regresado. Mu-

chos han muerto en las "fazendas" de Minas Geraes.

El verano era nuestra estación. Terminadas las clases, el aula de la escuela de mi madre era desocupada para dar cabida al trigo trillado por la máquina que fué el primero en comprar mi padre. Ibamos a caza de nidos y frutas. Acechábamos en las ramas la primera fruta madura; el río era nuestra meta preferida. Arnaldo revelaba ya entonces su temperamento. Era infinitamente más tranquilo que yo y más bueno. Mientras, con frecuencia, mis juegos con los compañeros terminaban en luchas furibundas, yo no recuerdo que él haya provocado alguna. Era suave, reflexivo. Me entretenía, me aconsejaba, me ayudaba luego a componerme, para que pudiese presentarme ante mi padre sin peligro de ser castigado. Mientras trazo estas líneas vuelvo a ver el río, el torrente, el camino, los caseríos, el Campanario de San Casiano, mis coetáneos, el "Callarone"

que desde el camino provincial subía a Varano; las espigadoras, en estío, y las interminables partidas de brisca en invierno, en el establo de Cireneo, interrumpidas tan sólo cuando llegaban hojas ilustradas con la guerra de Africa. Están ligados a los recuerdos de mi infancia los nombres de Makallé, Toselli, Taitú, Amba-Alagi, mayor Galliano. Por entonces se cantaba:

O Baldissera
Non ti fidar di quella gente nera!
O Menelicche
Le palle son di piombo e non pasticche!
(6).

Pero llegaban también canciones que se referían a hechos de sangre, los cuales habían conmovido al pueblo. Estas can-

(6) ¡Oh, Baldissera!
No te fíes de aquella gente negra:
¡Oh, Menelik! ¡Las balas son de plomo, no son pastillas!

ciones, casi siempre sobre el mismo motivo, se cantaban de viva voz en los mercados de los lunes en Forlí, de los martes en Méldola, de los jueves en Forlimpópoli, de los sábados en Cesena y eran aprendidas y propagadas en las aldeas. Una de ellas, referente a un homicidio por celos, ocurrido en Forlí, comenzaba:

Era nel borgo di Ravaldino
Dove abitava il povero Guglielmo... (7)

Guillermo Vasi, barbero, muerto de una cuchillada, en la puerta de su negocio, por un rival de amor.

Arnaldo y yo cantábamos estas canciones. Ambos sentíamos profundamente la música. Nos gustaba bailar. También nos gustaban las chicas de nuestra edad, y a menudo, tras de las fiestas campestres de nues-

(7) Era en el burgo de Ravaldino
donde habitaba el pobre Guillermo...

tras parroquias volvíamos a casa con ellas; pero aun en este campo Arnaldo no tenía mi impetuosidad; él era más bien temeroso y delicado. Todavía es recordada en Predappio Vecchia su grande y pura pasión de adolescente por una jovencita que murió de tisis. Arnaldo sufrió a causa de ello inmensamente. Cuando la Pía, — acompañada por un largo cortejo de niñas vestidas de blanco, — fué conducida al Cementerio, Arnaldo fué visto vagar por las alturas, entre los caseríos de Palareto y de Le Sode, llorando y desesperado, como si le hubiese faltado toda razón para su existencia. Hay mujeres, en Predappio Vecchia, que ante este recuerdo se conmueven todavía.

Casa del Duce en Predappio

ADOLESCENCIA

Terminados en Méldola los cursos elementales — en los años 1896-97-98 — huéspedes aun de la familia colona de Miguel Maltoni — Arnaldo comenzó a frecuentar la Escuela Media Agraria de Cesena el 16 de Octubre de 1899. Permaneció allí tres años, hasta el 2 de Agosto de 1902, en que obtuvo el diploma que lo habilitaba para el ejercicio práctico de la agricultura. En los años 1903, 1904 y 1905 anduvo peregrinando por Suiza, especialmente por los cantones alemanes

—trabajando en calidad de peón albañil y jardinero — en los alrededores de Thun. Por ese lapso de tiempo nos encontramos varias veces en Thun, en Berna, en Friburgo. El de 1905 es el año de nuestra gran tristeza: el 19 de Febrero murió nuestra madre. Había estado enferma un año antes, pero después se había repuesto; la recaída fué repentina; en ocho días pasó a mejor vida. Yo era soldado y estaba en Verona. Apenas tuve tiempo de volver a verla. Tal vez no me reconoció. Arnaldo no llegó a tiempo. Cansado de peregrinar por Suiza, Arnaldo, en Octubre de 1905, solicitó y obtuvo el puesto de prefecto de disciplina y subjefe-cultivador en la escuela de Cesena. Tengo ante mis ojos una carta suya de esa época, dirigida a un amigo: "*Yo también, hace ocho meses, mientras estaba en Suiza, perdí a mi madre. Hoy de regreso no me ha quedado más que fijar en su tumba la flor del recuerdo. Murió a tan solo 47 años, mientras nosotros sus*

hijos sentíamos más fuerte la necesidad de sus virtudes educadoras... Las convicciones filosóficas más consoladoras no llenan el vacío que deja tras de sí la pérdida de una persona que forma parte integrante de nuestra existencia... Sólo el tiempo, con su eterno transcurrir, puede mitigar en parte un gran dolor".

¡Veinticinco años después, Arnaldo debía sentir la tremenda realidad de estas palabras!

Permaneció dos años en la escuela de Cesena, después pasó un año en la de Monza, en calidad de jefe-cultivador, y en 1908 obtuvo el puesto de enseñante de agraria en el Instituto Falcón-Vial de San Vito al Tagliamento. Mientras tanto, en la Pascua de 1907 se había comprometido con Augusta Bondanini, con quien se casó el 14 de Abril de 1909. El 3 de Julio de 1910, nacía en Paderno, Sandrino. (8)

(8) Sandrino, Alejandro, el primogénito de Arnaldo Mussolini, quien moría luego en el verano

El otro hijo, Vito, nacía el 27 de Septiembre de 1912, en San Vito; el 3 de Enero de 1917 nacía en Mossano el último de los hijos: Rosina. Es el decenal paréntesis friulano en la vida de Arnaldo. Aun continuando la enseñanza agraria en el Instituto Falcón-Vial, obtuvo en 1911 el diploma del magisterio en la escuela de Sacile y enseñó en una escuela elemental de San Vito, precisamente en el partido de Cardona; en 1914 obtuvo la habilitación de secretario comunal, cargo que ejerció primeramente en Travesio, después en Mossano, donde lo sorprendió el estallido de la guerra y la invasión enemiga. Arnaldo estaba ligado a la tierra

---

de 1930, a los veinte años, víctima de una terrible enfermedad, cuando más feliz y serena le sonreía la vida. El padre escribió en memoria de su hijo un libro: "Vida de Sandro", que contiene páginas conmovedoras, llenas de fe; en su llanto y en el recuerdo, buscaba consuelo a su inmensa pena; pero no pudo sobrevivir a su gran angustia y murió de dolor a los pocos meses, el 21 de diciembre de 1931.

del Friuli por vínculos de un afecto que le siguió toda su vida, y los habitantes de esos pueblos lo recordaban siempre con simpatía. A menudo él se trasladaba allí. La última vez fué en Junio de 1930, cuando lo hicieron objeto de calurosas manifestaciones populares. Son estos los diez años que plasmaron su espíritu, durante los cuales leyó y aprendió mucho. Pero su alma no cambió. En 1907 escribía a un amigo: *"El destino juega conmigo de un modo muy raro, y no sé, no sé hasta donde se podrá llegar"*. Todo hombre tiene sensaciones obscuras que deben surgir en el subconciente. Ellas son las que dan a la vida la certidumbre o la incertidumbre del mañana.

Escalera en la casa de Predappio

ARNALDO SOLDADO

Era secretario comunal en Mossano sul Tagliamento, cuando el enemigo logró quebrar las líneas e invadir el Friuli. ¡Tremendas jornadas las de fines de Octubre de 1917! ¡No se pueden recordar sin un calofrío por el peligro mortal corrido por la Patria! También Mossano fué ocupado por los austroalemanes. Arnaldo estuvo entre los prófugos. Entre sus papeles he encontrado una postal escrita con lápiz que dá una idea de la situación:

Está fechada el 4 - 11 - 1917:

"Queridísima Augusta,
Estoy salvo en Bolonia, donde llegué después de infinitas peripecias. Acompaño los prófugos a Florencia. No sé cuando podré volver a abrazarte. De todos modos, coraje. El peligro ha desaparecido. He salvado los registros del Estado Civil bajo los cañonazos austriacos. Estoy orgulloso de haber cumplido con mi deber hasta el fin. — Arnaldo".

La Patria llama ya a todos sus hijos para defenderla. Arnaldo es llamado a las armas. De esos días — gracias a Don Colombo — ha sido recuperado un diario. Su primera página lleva la fecha del 11 de Enero de 1918.

"Milán. Hoy cumplo los 33 años; mitad y aun más de mi vida ha pasado. Si me vuelvo y observo la vida ya vivida, estoy bastante satisfecho de mí y de mi destino. Hay, después, acontecimientos que se elevan como escollos sobre el mar

algo gris de mi existencia. Mi matrimonio con mi pequeña Augusta, el nacimiento de mis tres niños — tres amores de niños — son fechas memorables que se agrandan con el volver de los años".

"12 de Enero. — En el distrito de Milán me destinan al 62º de Infantería, partido para Parma".

"13 de Enero. — Nos hemos presentado al 62º de Infantería. A nuestro grupo se agrega Roberto Baretta, maestro en Lóvere de Bérgamo. Por la tarde me dirijo a Cortile San Martino para visitar la colonia prófuga de Mossano. Tarde interesante. Se exhuman de nuevo episodios de la fuga dolorosa del Friuli, dulce y sacrificado".

"15 de Enero. — A las 10 nos dan el material, la ropa, el equipo. Coloco el número 62 en el gorro. Mochila sobre la espalda, para San Secondo Parmense, donde vamos en destacamento para instruirnos".

"17 de Enero. — La partida de 180

hombres para Macedonia ha traído el desconcierto en las oficinas y en las cuadras. Los preparativos son engorrosos. Con el casco puesto, los que se van resultan soldados magníficos. Los saludos son cordialísimos. No hay lloriqueos, ni maldiciones".

"18 de Enero. — Escribo en mi oficina (de furriel). Hago diversas planillas. El organismo militar es un devorador de papeles, de tinta, de fichas. Es quizá una necesidad indiscutible. Leo en la orden del día que se ha abierto un curso para aspirantes a oficiales. Escribo para procurarme mis documentos, porque tengo intención de ser admitido en él".

"21 de Enero. — Jornada como las demás. Hago un poco de propaganda por algo más de fe entre mis camaradas".

"24 de Enero. — Esta mañana se hizo la entrega de los fusiles. Ceremonia chata. Han entregado la más bella arma al soldado, sin una palabra, un augurio, un incitamiento".

"26 de Enero. — Para romper la vida monótona del cuartel, ha ocurrido un incidente. Un soldado, un tal Constantino Cevasco — genovés — ha asestado un fuerte puñetazo en la cabeza al teniente Antonio Carugati. No sé si se trata de un loco, de un epiléptico, de un maniático o de un delincuente. El interrogatorio fué apremiante y dramático. Tuve que redactar el sumario".

"28 de Enero.—Vivo y trato de aprender en todos sus pormenores la vida militar. Es realmente cierto que la vida militar, bien vivida, templa el carácter y despierta en la mayoría la inteligencia, la voluntad, la energía... La disciplina, el orden, el respeto, la actividad, he aquí las fuerzas vivas que hay que poner en acción".

"1º de Febrero. — Quiero recordar una vez más una anécdota insignificante. Un subteniente que siempre me había tratado con el tuteo soldadesco (que por cierto no me ofende) ha venido hoy a

mi encuentro y me ha preguntado si yo soy realmente el hermano de Benito Mussolini. He contestado afirmativamente, y él me ha estrechado calurosamente la mano, cumplimentándome. Noto en mis superiores cierto interés con respecto a mí. Indudablemente, es el efecto del nombre que llevo; mas pienso que sea también consecuencia de mi buena voluntad de soldado. En realidad, yo creo — y lo repito nuevamente — creo ser el soldado más activo de mi compañía".

El diario prosigue hasta mediados de Febrero. Arnaldo es destinado a la Escuela de Aspirantes a Oficiales de Caserta, donde llega el 7 de Febrero y en la que encuentra a muchos amigos, como Federici, de Milán, Luganesi, de Cervia, Ovidi, de Forlí.

No sabría decir cuanto tiempo permaneció en Caserta, pero el 2 de Mayo de 1918, estaba en la Escuela de Infantería de Parma y en el aula N° 14, dictaba,

con una carta a los suyos, las últimas voluntades, en el caso de *"Que yo deba perecer en esta guerra de liberación y redentora"*.

De su participación en la contienda, en su última fase, Arnaldo habla poquísimo. He solicitado a un capitán de la Brigada Potenza, alguna noticia sobre el particular. Y este me ha escrito así:

"Arnaldo Mussolini perteneció en 1918 al Batallón Complementario de la Brigada Potenza (Regimiento 271º y 272º de Infantería), Brigada que durante la batalla de Caporetto se batió con valor y tenacidad.

"El Batallón Complementario era la reserva móvil para las secciones cuando se producían necesidades urgentes de reabastecimiento de hombres.

"Durante la batalla del Piave (15-22 de Junio de 1918), empeñada en durísimos combates en el frente Molino Vecchio — Molino Nuevo - Cá Pasqualín - Fagaré - Casa Ninni (sección en la cual

las banderas de las dos unidades merecieron una medalla de plata, una medalla de oro el Mayor Poggi, la Orden Militar de Saboya los comandantes de Regimiento y numerosas medallas de plata y de bronce los oficiales y soldados), la Brigada tuvo el 18 su hora más áspera.

"En la noche de aquel día habiendo sido rota la línea cerca de Cá Martini, fué llamado en línea como última reserva el Batallón Complementario de la Brigada.

"Durante toda la noche, interrumpidos los contactos con los diversos comandos, infiltrado el enemigo al través de pasos improvisados, se produjo una sucesión de acciones aisladas, patrullas contra patrullas, hombre contra hombre. Los adversarios llegaron a pocos metros de las piezas de artillería y la batalla ardió toda la noche por sobre cada muro y foso.

"Aquella noche y en las jornadas su-

cesivas, el Batallón Complementario se batió magnificamente.

"Después de la durísima acción, la Brigada, reducida a la cuarta parte de sus efectivos, pasó a descanso cerca de Treviso y luego fué a la línea del Piave, cerca de Zenzón, participando en diversas acciones de patrullas del otro lado del Piave.

"Desencadenada la ofensiva de Octubre, la Brigada, con todas sus secciones, tras de reiteradas tentativas de construcción de puentes, pasó al Sud de la carretera de San Biagio di Callata, y puesto pie sobre la orilla disputada y defendida, inició la persecución.

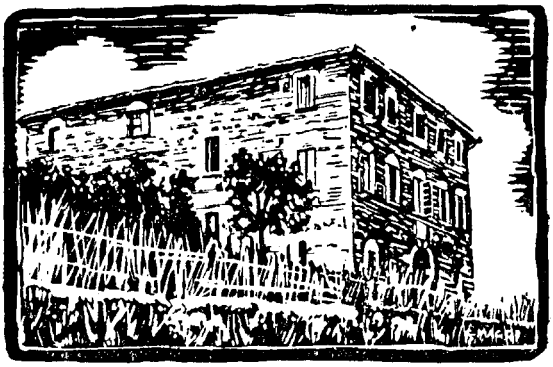
"Durante toda la ofensiva y la marcha de persecución, tuve repetidas ocasiones de encontrarme con el Subteniente Arnaldo Mussolini, que se me pareció siempre como un sereno y altivo combatiente.

"Llegada a Gorizia, tras marchas rápidas, la Brigada se estableció después

del armisticio entre Vipacco y Postumia.

"El Subteniente Mussolini, mientras tanto, había pasado al Comando del Regimiento. Fué encargado por mí de la dificultosa tarea de aprovisionamiento de la población civil, que cumplió con energía y habilidad".

El 23 de Diciembre de 1918 estaba todavía en Vipacco, desde donde envió la postal de la Brigada Potenza a su esposa, rogándole *"tenerla celosamente guardada"*. Lo cual fué cumplido.



El Palacio Varano

DESPUES DE LA GUERRA

Los años 1919, 1920, 1921 y 1922 fueron de callado trabajo y silenciosa preparación. Arnaldo cumplió con fervor de día a día su tarea administrativa y moral. Fué cerca de la post-guerra en que Arnaldo asentó finalmente sus reales en Milán, para compartir de lleno los riesgos de mi lucha política.

Los años subsiguientes, hasta 1928, fueron para Arnaldo de actividad periodística y política; ningún acontecimiento turbó el curso de los hechos. En 1925,

la Masonería de Piazza del Gesú, como hizo con muchos otros, trató de envolver a Arnaldo, ofreciéndole de súbito el grado 33. Pero entre sus papeles hay una carta autógrafa en la cual se lee: *"Por temperamento personal y por educación política rehuyo las asociaciones secretas. No comprendo los ritos y las razones de las actividades ocultas"*. Fué en 1928 cuando el destino se volvió contra él.Hacia fines de Mayo, un accidente de automóvil en las cercanías de Cesena lo dejó gravemente herido. Restablecido volvió a Milán. El drama comienza precisamente el 15 de Noviembre de 1928, mientras se festejaba en la calle Lovanio el 15° aniversario de la fundación del *"Popolo d'Italia"*. En esa tarde, el Profesor Cesa-Bianchi, después de haber visitado atentamente a Sandrino, le dió la noticia fatal a su padre. Recuerdo que, cuando me habló por teléfono sobre dicha visita, la voz de Arnaldo estaba profundamente emocionada. Entre

mis papeles encuentro una carta suya fechada el 20 de Noviembre de 1928. Es el primer grito de angustia.

"Queridísimo Benito, deseo, ante todo, darte noticias de Sandrino. Como ya te dije por teléfono, está afectado de mielosis global-leucémica. Los diversos médicos a quienes he consultado, han formado indistintamente un diagnóstico muy grave: enfermedad incurable. Mas si miro a este muchacho, su serenidad y la ausencia de todo dolor físico, deduzco razones de esperanza. Confío en la cura de los rayos X y en la de inyecciones de arsénico y alimentación de hígado, que haremos en los intervalos de la aplicación de los rayos. Sólo yo conozco esta cruda verdad en la familia, lo cual dificulta que pueda imponer al muchacho cierta disciplina, pues, como todo enfermo, es algo irritable y tiene antojos, por ejemplo, el de volar. Para conformarlo lo llevé hoy conmigo en un tri-

motor Fokker. Todos estos deseos suyos de vida son para mí otra fuente de esperanza. Al solo pensamiento de que me pueda tocar una desventura tan grande, se me despedaza el corazón. Te agradezco por tu afectuoso interés.''

El corazón comenzó a despedazársele desde entonces. Arnaldo empezó a morir ese día. Y así por todo el año 1929. En la primavera del 30 fuí su huésped durante mi semana en Milán. Sandrino estaba todavía en pie, pero adelgazado y silencioso como nunca. Sentí en la nueva casa de la calle Massena una atmósfera de preocupación. La muerte estaba presente en los rincones. Pasaron algunas semanas. Cuando, una noche, Arnaldo me hizo la primera llamada grave por teléfono desde Cesenático. Salí para visitar a Sandrino. Mi visita lo alivió un poco. Lo abracé. Traté de infundirle coraje. Médicos, enfermeras, amigos, hicieron lo imposible con una abnega-

ción sobrehumana. Durante veinte días, Arnaldo olvidó alimentos, sueño, reposo; se mantuvo en pie a fuerza de café, hasta la terrible noche en que, a las 19 horas, una voz plañidera me dió la noticia de que Sandrino había muerto. La crónica de esos días está en mi memoria y en la de todos.

Al regresar a Roma, Arnaldo me telegrafió desde Paderno: "*También en nombre de Augusta deseo repetirte nuestro agradecimiento más vivo por tu participación en nuestro luto. En la casa desierta, pensando en tu bondad, nuestro ánimo se conmueve ante el recuerdo. Gracias una vez más y abrazos fraternales. Arnaldo*".

Era necesario, para aliviar a Arnaldo, alejarlo de los lugares en que tanto había sufrido, y lo invité a Roma. "*Seré, pues,* — me escribió, — *tu huésped en Villa Torlonia, si bien no se me es-*

conde que los hombres de tu responsabilidad, de tu trabajo y de tu sensibilidad requieren aislamiento y silencio. Tan solo tras invitación podría hacerme presente. De todos modos yo me las compondré para no molestarte y trataré, en cambio, de serte útil en alguna rama del gran cuadro de tu actividad. Te repito, no tardaré mucho en moverme y en volver al trabajo que es vida".

Vino a Roma durante ese final de verano, siendo mi huésped en Villa Torlonia; lo llevé varias veces al mar; en el otoño, toda la familia se trasladó a Roma. Después, y durante el dolor, la amargura inaudita. ¿Porque no decirlo? Entre el verano y el otoño de 1930, después de las necesarias *depuraciones,* una oleada de escandalosidad se abatió sobre el fascismo milanés. Los antifascistas se alegraban. Los catones triunfaban. Pero, ¿saben los italianos quién

fué el moralista Catón? El susurro viperino tenía una finalidad evidente. ¿Quién, en esos momentos, no tenía *"millones"*? El testamento de Arnaldo, que en este libro se publica íntegro, hasta en su parte de carácter privado o material, es una bofetada que hiere en pleno a los catones de ayer y a algunos cocodrilos de hoy. ¡Los millones! Revisado todo, abiertos todos los cajones, comprendida la caja fuerte, fué encontrada — como es cierto, como puede ser testimoniado por los husmeadores — la suma de 130.000 liras (ciento treinta mil liras queda dicho). Estos son los bienes muebles. ¡En cuanto a los inmuebles, ellos se reducen a un departamento a pagar en cuotas, de una casa en condominio! ¡Humilla tener que descender a estos detalles! Mas en Septiembre y Octubre de 1930, Arnaldo tuvo este dolor, agregado al otro punzante aún reciente: ¡era el ingrato destino, unido a la ruin-

dad de los hombres, que se enfurecía contra él!

La vociferación pérfida concluyó paulatinamente. El 13 de Noviembre, Arnaldo regresaba a Milán. Tuvo acogidas calurosísimas. Ello me alegró. Esperé que la herida horrible se cerrase. Al día siguiente, 14 de Noviembre, Arnaldo me envió este telegrama: *"Pasada la emoción intensa del primer contacto con la casa desierta y la vida milanesa, te tengo a ti presente, que por Sandrino tenías un afecto paternal y estás en situación de juzgar la gravedad de mi desventura y la conmoción de mi regreso. Te abrazo. Arnaldo".*

Durante el invierno de 1930-31, Arnaldo alternó su estada entre Milán y Roma. Aquí tenía una pequeña oficina en el Palacio Margherita. Por Pascua publicó en tirada de pocos ejemplares su libro dedicado a Sandrino. Lloré al leerlo. La

herida estaba siempre abierta, siempre profunda. Arnaldo no vivía más que de Sandrino, con Sandrino, en la espera de ir hacia El. El primer aniversario de la muerte agudizó más intensamente este abandono espiritual de la vida. El verano y el otoño pasaron. El 14 de Diciembre llegó a Roma, a fin de tomar parte en la reunión del Comité de Pesca y del Instituto de Asistencia para Periodistas. Vino a Villa Torlonia casi todos los días. Me dió la impresión de un hombre fatigado, al mismo tiempo que la de un hombre que deseaba reintegrarse en la vida. El viernes 18 de Diciembre hicimos el último paseo a Ostia. Era un día frío, aunque soleado. Lo invité a subir conmigo en la motocicleta. Sonrió. A la noche, cenó con nosotros. El sábado por la mañana partió con el rápido. Por la noche le telefonée, para pedirle noticias acerca de la conferencia del ministro Giuliano en la Escuela de Mística Fascista. En la noche del domingo 20 de

Diciembre, entre las 19 y las 20 horas, volví a hablarle por teléfono para tener noticias acerca de la jornada del nuevo Secretario del Partido en Milán. Me contestó que todo había marchado bien, incluso en primer lugar el desfile, a pesar del día rigidísimo. Tenía la voz algo cansada. La Muerte rondaba en torno suyo, estaba a la espera.

La casa de los Caiani

EL PERIODISTA Y EL ESCRITOR

Cuando, a fines de 1922, entregué la dirección del *"Popolo d'Italia"* a Arnaldo, él, como periodista, era casi un desconocido. El número del 1º de Noviembre del *"Popolo d'Italia"* publicaba en tipo negrita:

"Desde hoy la dirección del *"Popolo d'Italia"* está confiada a Arnaldo Mussolini. Agradezco y saludo de corazón y fraternalmente a redactores, colaboradores, corresponsales, empleados, obreros, en suma, a todos los que han traba-

jado asidua y fielmente conmigo, por la existencia de este diario y por las fortunas de la Patria".

Seguía en cursiva:

"Mi hermano — con gesto de gran bondad — ha querido confiarme el alto honor de dirigir su diario *"Il Popolo d'Italia"*. No se me esconde la gravedad de la tarea que me ha sido confiada, pero, como siempre, obedezco.

"Espero en la válida cooperación y en el probado fervor de todos los redactores, colaboradores y dependientes para hacer menos difícil mi obra. — Arnaldo Mussolini".

Así dejaba el diario creado por mí y que yo amaba hasta la pasión porque había nacido en la miseria y en la calumnia, porque había arrastrado a la intervención las masas más diversas del pueblo italiano, porque durante la guerra — sobre todo después de Octubre de 1917 — había sido el fuego de la es-

peranza para millones de combatientes y de italianos.

Mi herencia — puedo afirmarlo sin los falsos pudores de las falsas modestias — era pesada para cualquiera, hasta para un periodista ya probado, y por dos motivos principalísimos. En primer lugar yo había impreso al diario, a través de millares de artículos, de títulos, de sueltos, de dibujos inspirados por mí, un carácter polémico, agresivo, de continuada lucha. Confieso que éste es uno de los signos fundamentales de mi temperamento, que hoy se manifiesta en otros campos, para polémicas y luchas de más vasto alcance. Yo había acostumbrado a algunos centenares de millares de italianos — durante nueve años — a mi prosa, la cual es hija natural y legítima de mi temperamento: por consiguiente, una prosa personalísima que nunca pude enmascarar, no con seudónimos, ni con otros expedientes. Mi modo de escribir era a su vez el resultado

de por lo menos diez años de luchas periodísticas anteriores. En Suiza, en Austria, en Forlí, en Oneglia, en Milán — en diarios, semanarios, revistas — cuando fuí "alguien" en los movimientos socialistas italianos, antes de que la guerra los condujera al ocaso.

En segundo lugar, con el fin de Octubre de 1922 daba comienzo un nuevo ciclo de la Historia de Italia. *"Il Popolo d'Italia"* se convierte en un órgano — más bien puede decirse — el órgano del Régimen, la voz más autorizada del Gobierno. Las actitudes de ayer — agresivas y polémicas — no tenían ya razón de ser, ahora que la revolución había triunfado. Hasta 1926 hubo partidos y diarios de oposición, aunque todo se reducía a una lamentación solitaria, y también en 1924, a un despacho enorme de palabras inútiles. Arnaldo se encontró frente a dos peligros: el que consistía en querer imitarme — lo cual, además de extremadamente difícil, habría sido,

en virtud del cambio de régimen, también anacrónico — y el segundo peligro, no menos grave, habría sido el de dar al *"Popolo d'Italia"* un carácter y un sabor gris, de "oficiosidad", que lo habría hecho rebuscar quizás por los entendidos, bien que lo hubiera alejado de las masas que habían efectuado la Revolución. Arnaldo comprendió desde el principio que debía hacer un diario que fuese la continuación lógica e histórica del de ayer, pero con otro acento, o sea, adecuado al nuevo clima nacional. Los malignos que se encuentran siempre al margen de toda empresa, pronosticaron el fracaso. En los primeros meses difundieron la voz de que yo escribía los artículos en estilo atemperado de exprofeso; mas esta voz no halló crédito alguno. Entonces se sospechó de que yo los trazaba y que dejaba a Arnaldo la redacción del texto. La verdad es esta: en las primeras semanas dí a Arnaldo algunos consejos de carácter más

bien técnico que político; después — con muy largos intervalos — mandé algún artículo sobre asuntos especiales, como los demográficos, que fueron reconocidos de inmediato como harina de mi viejo costal. Por último, de 1924 a 1925 en adelante, dejé a Arnaldo una absoluta autonomía en su actividad directorial.

Todas las noches, durante nueve años, hacia las 22 horas, yo llamaba a Arnaldo por teléfono. Nuestra conversación se desenvolvía en los siguientes términos:

—¿Qué hay de nuevo?

—¿Qué dispones para mañana?

—Me gustaría que escribieras un artículo sobre tal asunto...

—Tu artículo de esta mañana me ha gustado muchísimo; entonado, claro, eficaz.

Arnaldo se enorgullecía de estos elogios y se afligía de igual modo por mis enojos, que casi siempre se debían a las

inevitables pequeñas deficiencias que a veces hallaba en el conjunto del diario, los que iban desde errores de imprenta a duplicados de noticias.

Cuando Arnaldo tenía dudas, esto es, temía que su artículo pudiera crear molestias a mi acción gubernativa, me enviaba el manuscrito o las pruebas. Algunos de estos artículos inéditos los he hallado en estos días entre sus papeles. A veces me llamaba telefónicamente para conocer mi pensamiento acerca de lo que escribía, y era feliz cuando recibía mi elogio. Así, poco a poco, día a día, afinándose cada vez más en esa gran escuela que es el periodismo militante, Arnaldo se hizo el articulista del Régimen, sin ser nunca el oficioso del Gobierno. Articulista cada vez más denso en la substancia y elevado en la forma. Había logrado realizar una suerte de milagro: conquistar mi antiguo público que quizás después del fuego tamborileante de los años de la vigilia tenía necesidad

de una distensión de nervios, y hacerse un público nuevo, aficionado y sensible.

"Il Popolo d'Italia" volvió así a ser no sólo un órgano periodístico, sino un centro de energías políticas, una brújula orientadora de la actividad de toda la nación. Arnaldo creó también el gran diario. *"Il Popolo d'Italia"*, de la calle Lovanio le pertenece. Cuando nos retiramos de la vieja imprenta Codara y de los gloriosos tugurios del número 35 de la calle Paolo da Cannobio, el diario, como empresa, no existía. Arnaldo la creó con voluntad y empeño. Así, al lado de *Gerarchia*, dió existencia a otra serie de publicaciones que hacían rueda al cotidiano. De esta suerte surgió el diario para los *Balilla* y la *Domenica* para los agricultores, la *"Rivista Illustrata"* y la *"Illustrazione Fascista"*, el *"Almanacco Fascista"* y el *"Bosco"*. Finalmente, una publicación que no tendrá nunca elevados tirajes, pero que siempre será de gran utilidad para los

estudiosos: la revista *"Historia"*. Esta completaba el conjunto de dichas publicaciones, que daban y dan trabajo y pan a un núcleo de trescientas familias. Fué en *"Historia"* que yo leí el emocionante testamento de Augusto, que subsiste esculpido en un templo romano de Angora.

De todas estas publicaciones Arnaldo seguía las alternativas, y en su última carta de Diciembre pasado patentizaba su orgullo de anunciarme que *"Historia"* habría dedicado uno de los volúmenes de su biblioteca al "Arte romano sobre el Danubio". Verbalmente, no había dicho que para ese volumen habrían sido utilizadas nada menos que dos mil fotografías de vestigios romanos, descubiertos en aquellas regiones.

La actividad periodística de Arnaldo tenía orientaciones claramente definidas. En primer lugar, seguir, comentar, ilustrar toda la actividad legislativa y política del Gobierno, la acción del Par-

tido y de todos los órganos del Estado: vulgarizar esta gran obra de la cual muchos de los propios fascistas no saben medir el alcance. Esto era, como él mismo quiso definirlo en el volumen que recogió sus artículos, el *"Comentario a la acción"*. Al mismo tiempo corregir las desviaciones, enderezar los entuertos, alimentar la llamarada de los entusiasmos. Aquí, Arnaldo, frecuentemente hallaba la nota cálida, lírica, apasionada: *"El Fascismo"* — escribía a principios de 1926 — *ha afrontado todas las luchas, ha superado todos los disidentismos, ha probado la amargura de negras traiciones, pero el movimiento permanece siempre joven, intacto, altivo, orgulloso de su misión que permanece eterna, inexhausta en su fe y en sus propósitos"*. Por eso no hay necesidad de volver a los orígenes, lo cual quería decir: *"Repetir situaciones de ambiente que debemos considerar salvadas y para siempre"*.

He ahí un período pleno de ardor, dedicado al famoso informe de los Secretarios Federales que yo convoqué en los primeros días de Abril de 1926, a bordo del "Cavour", en el cual debía embarcarme para Libia.

"*Afortunados* — escribía Arnaldo — *esos Secretarios responsables que puedan asistir a la singular ceremonia. He ahí el signo de la Patria grande, una, inmortal. Se esfuman en las salobres nieblas del mar los rencores pueriles, las ambiciones y vaivenes del pequeño mundo*".

En 1924 "*Il Popolo d'Italia*" volvió a tomar el carácter polémico y batallador de las más ásperas vigilias. Arnaldo decía en su artículo del 1º de Julio de 1924: "*En el juego dentro y fuera del Parlamento, hay que tener presente la voluntad de la Nación. Es inútil que las*

oposiciones olviden que el partido Fascista es hoy el partido más fuerte y más aguerrido. Gobernar contra él es imposible. Exasperarlo es peligroso. En la contienda hay que poner todos los términos de parangón. Mussolini no se toca... Y a propósito de partidismo, queremos recordar que hace cinco años, pobres, jóvenes, ardientes, con cincuenta secuaces nos dirigimos al asalto de posiciones intocables y nadie causó agravio a nuestro ardimiento, ni a nuestra tenacidad, y ninguna persona ha impugnado la victoria de Octubre de 1922. *Hoy somos millones, servimos con la misma pureza de intenciones y con la misma fe las idealidades sagradas de una Italia renovada con la sangre de sus hijos. La tentativa de quienes pretenden arrancar el cetro a los victoriosos es ridícula. La difamación es estúpida y peligrosa".*

En la época de más encendidas polémicas de Julio de 1924, la calumnia aven-

tiniana (9) intentó envolver a Arnaldo; pero su respuesta publicada en el *"Popolo d'Italia"* del 4 de Julio, fué triunfal.

"Desafío — escribía — *a cualquiera, cercano o remoto, ilustre u obscuro, amigo o adversario, con buena o mala fe, a que demuestre que durante veinte meses de gobierno fascista y de labor ímproba para mí, me haya valido para recomendar una ley o un decreto, un favoritismo, una ateñción, una consideración, del cual me hayan provenido directa o*

(9) En los primeros tiempos de Roma, la plebe oprimida por los patricios, se retiró al Monte Aventino, "cruzando los brazos", es decir, rehusándose a participar en la vida de la naciente ciudad. En 1924, algunos diputados de la oposición, no sabiendo más con qué armas combatir al Fascismo victorioso, se alejaron del Parlamento y no quisieron más tomar parte en los trabajos parlamentarios. La retirada aventiniana, fué una de las más estúpidas comedias de los enemigos del Fascismo.

indirectamente, beneficios de cualquier género. Desafío a quien fuere y pongo como prenda la vida, a que se me demuestre que me he valido de algún caso u ocasión, cerca de particulares, jerarquías, ministros, etc., de mi parentesco fraterno con el Duce supremo de Italia, y si en cambio todo ello no me haya impuesto una severidad de vida, una reserva, un silencio excesivo que honra a ambos y que nos coloca — a lo menos en la obra de profunda rectitud — en un mismo altísimo nivel... No he escrito, repito, para los adversarios — que no quieren comprender — sino sobre todo he escrito para esos diez impúdicos que en vano han esperado de mí presentaciones, recomendaciones y tarjetas para entrar en circulación y realizar negocios, que se vengan ahora por mi firme, digna y absoluta resistencia''.

Este desafío terminante — que sólo podía ser lanzado desde una conciencia

tranquila, especialmente en ese tiempo — quedó sin respuesta. Pero a la distancia de casi ocho años, quiero confirmar las palabras de Arnaldo. El no pidió nunca nada. Nunca para sí mismo, poquísimo y siempre cosas muy lícitas, para otros.

El asesinato de Casalini, consumado el 11 de Septiembre, acentuó la tensión política. Con fecha 16 del mismo mes, Arnaldo reclamaba enérgicas medidas contra la sedición aventiniana.

"*Y bien* — escribía — *si la vida política italiana, no la pequeña existencia nuestra, sino la de Italia majestuosa en grandeza y poder, corre el riesgo de ser minada y humillada por las fuerzas que hemos señalado, Duce, no es necesario desatar las manos a los escuadristas* (10); *basta desatar la segur del lictor*

(10) Escuadristas, miembros de las formaciones de acción. Así se llamaban los primeros núcleos de fascistas, casi todos ex combatientes, que,

y herir inexorablemete. Media Europa ha suprimido periódicos de la circulación, y Europa no se ha visto por ello en lutos. Se pueden, se deben disolver sociedades secretas, puede considerarse un delito la adhesión a un partido que aguarda la inspiración de una potencia extranjera, y que, de todos modos, se declara enemigo del orden constituído".

"...Es necesario herir y herir en seguida y decirlo claro para evitar que en la marcha, a cada diez pasos, el acostumbrado flanqueador *se detenga y pregunte al capitán dónde se ha de ir".*

---

despreciando la vida cómoda, a las órdenes de Benito Mussolini y de los otros jefes del naciente partido nacional, desafiaban cada día la muerte en las calles de Italia, para combatir el comunismo. Los escuadristas fueron los magníficos soldados de la Marcha sobre Roma. Cuando el 28 de octubre de 1922, Benito Mussolini, llamado por el Rey, asumió el poder, disolvió las escuadras de acción y ordenó a los escuadristas de regresar a su propia casa y a sus tareas.

Quiero recordar aún, de ese período, el artículo publicado con fecha 11 de Diciembre en defensa y apología del general De Bono, hecho blanco de la grotesca denuncia Donati. (11)

"El general De Bono se defiende por sí solo — escribía Arnaldo. — *El sexagenario, puede jactarse de un estado de servicio como para hacer enrojecer a los seudo-intelectuales que envían por telégrafo su adhesión al señor Donati".*

No menos perentorio era el artículo publicado con fecha 18 de Diciembre,

(11) Donati era uno de los exponentes del Partido Popular Italiano que, falseando el verdadero espíritu de la religión y disfrazando de hipócritas ideales cristianos la propia concepción política en su totalidad, afín al comunismo rojo, buscó de oponerse con cualquier medio al Fascismo victorioso. En el verano de 1924, después del asesinato del diputado Matteotti, el Donati, director del "Popolo", cotidiano de Roma, llevó a cabo una feroz campaña de calumnias contra todos los dirigentes del Fascismo.

cuando ya estaban por esfumarse las ilusiones del "Aventino".

"El día en que el Fascismo debiese retirarse desdeñoso a su tienda, tendríamos la confesión más clamorosa de su impotencia. Estaríamos por agregar que si ello ocurriese, habría que desesperar de nuestro porvenir como gran pueblo. Una Italia mañana, en pantuflas, fámula en toda misión internacional, humillada fuera de sus propios confines, reducida a los ministerios famosos de la concusión socialista, sería la expresión política más humillante, más ilógica, más nefanda de esta post-guerra. Algún desmedulado intelectual podría augurárselo, para cantar luego el epicedio a esa misma Italia. Pero ello no ocurrirá. Están — para impedir el estrago — los espíritus aguerridos y las bien plantadas legiones fascistas".

Ello no ha acaecido.

Servidor fiel de la Revolución, consciente de sus férreas necesidades, Arnaldo saludó las medidas excepcionales tomadas por deliberación del Gobierno después del cuarto atentado, sin reserva, con decidido vigor. *"Era necesario* — escribió — *tomar de frente los pocos fantoches antinacionales que vïvían desde hacía tiempo con una sola finalidad: La de perjudicar al Fascismo. Hemos leído las mayores aberraciones y seguido las maniobras más engañosas. Un gobierno revolucionario que tiene el derecho y la fuerza puede ser longánimo, pero no suicida. Llega el día en que, con pocos artículos de ley y algunas medidas extraordinarias clava en su misma vergüenza a aquellos que por ambición o por cálculo han estragado a su propio país. Después de las medidas contra los adversarios que en diez años de trabajo, de lucha, de desinterés, no hemos logrado uncir a nuestro carro, sino a la visión más ecuánime del problema nacional, había*

que atacar la zona gris, las medias tintas, detrás de las cuales se anidan también los desilusionados del Fascismo. Ciertamente, desde hoy, la disciplina nacional tiene un significado más profundo".

Desbaratado el "Aventino", el 1926 es uno de los años más fecundos en la creación legislativa y política del Fascismo. Es el año en que entran en vigor algunas de las leyes fundamentales del Estado Fascista: basta recordar la institución de los Podestás (12), la Ley sobre Maternidad e Infancia, la Ley Sindical, la Ley sobre la Obra Nacional Ba-

(12) El podestá, con el advenimiento del Fascismo en el poder, ha substituído el síndico (alcalde) en todas las comunas de Italia; su nombramiento, se efectúa por decreto real y es el jefe de la administración de la comuna. En Roma solamente, en vez del podestá, existe el gobernador. En la Edad Media, el podestá era el jefe de la comuna que hacía justicia y guiaba al ejército durante la guerra.

lilla, la incorporación de elementos extraídos del Partido en las filas de los prefectos, la creación de 19 nuevas provincias.

"Prefectos, Secretarios Federales, Podestás, son representantes realizadores del Régimen Fascista. La tenaza se cierra. Es el momento en que todos los italianos tienden sus energías en un mismo sentido. No hay fuerzas antagónicas y ni siquiera el escepticismo puede agrietar la solidez del Fascismo". Era, verdaderamente, como él escribía, *"La Nación encuadrada"*. Pero, fiel a su interior y profundo imperativo moral, agregaba: *"Es la hora de los mejores, medidos no a través de la retórica, sino con el metro infalible de su vida laboriosa, creadora y fecunda de bien"*. En lo tocante a las tareas que él llamaba *"Tremendas y complejas"* de los Secretarios Federales, demostraba conocer profundamente la psicología del pueblo italiano,

admoniendo así a los jerarcas elegidos desde arriba, según la norma — lógica y consiguiente — del nuevo Estatuto del Partido Nacional Fascista.

"*El pueblo italiano* — escribía Arnaldo — *no invoca una diosa abstracta, de quien no siente la presencia, ni la necesidad y que se llama libertad: el pueblo italiano, en cambio, invoca la justicia, siente profunda y humana la rectitud de la vida civil, maldice las prepotencias y bendice a los justos*".

De 1926 son las primeras e interesantes esgrimísticas polémicas con los diarios católicos *Italia* y *Osservatore Romano,* sobre la Cuestión Romana y mediatamente sobre las relaciones entre Iglesia y Estado. Arnaldo colaboró en la Conciliación de 1929, lo mismo que en la — no menos laboriosa y dramática — de 1931. Un problema, éste, que él sentía íntimamente por encima de mis

directivas y sugestiones. Pero desde 1926 los términos del grave problema estaban encarados con objetiva precisión. (13).

"Desde cuatro años a esta parte, la autoridad religiosa, desde el sumo jerarca hasta el más simple ministro, está considerada como elemento que no se discute, que no se valúa, que no se ofende. El derecho de la propiedad vaticana es

(13) El 11 de febrero de 1929 es la fecha memorable de la Conciliación. La disidencia entre el Estado italiano y la Iglesia Católica, entre Roma y el Vaticano, permanecía en pie desde el 20 de setiembre de 1870. Desde el día en que los bersaglieri del general Cadorna entraron en la Ciudad Eterna a través de la brecha abierta en Puerta Pía. La disidencia parecía insanable; pocos intentaron resolverla y aquellos pocos fracasaron. Se trataba de dar al Jefe de la Cristiandad, al sucesor de Cristo en la tierra, su Reino, el alto sitial para su prédica cristiana, el altar. Solamente el Fascismo, únicamente Benito Mussolini consiguió, finalmente, resolver la disidencia y dar a Dios aquello que era de Dios.

un detalle. El Estado Italiano no despoja a nadie. Italia ha sido pródiga siempre y la Italia Nueva no entiende poner limitaciones ofensivas a la obra cristiana de la Iglesia. Pero, si esto es un deber que el Estado y el Fascismo cumplen, con razón puede creerse que al término del deber cumplido nazca un derecho, precisamente el de no ver ignorada con ostensible frialdad y hostilidad el hecho real de la unidad Italiana con Roma capital''. El creía que *''Los regidores de uno y de otro poder''* debieran ratificar lo que el pueblo Italiano — con buen sentido e intuición fundamental — "ha ratificado ya con la vida laboriosa de cada día''. *''No es efectivamente* — advertía. — *la primera vez que los que se anticipan sean los más humildes. Quizás los humildes, en su propio juicio, sean los que están más cerca del juicio de Dios''.*

No se puede tocar el problema de las

relaciones entre Estado e Iglesia sin tocar el problema educativo, pero, comentando el desarrollo alcanzado desde 1927 por la Obra Nacional de los Balilla afirmaba la *"Totalitariedad de la educación como una necesidad inderogable a la cual el Fascismo no puede renunciar Está demás decir que el elemento religioso será tenido presente con la fuerza de su doctrina divina y humana"*.

Atento a los peligros representados por las infiltraciones de elementos equívocos y al derroche de la etiqueta de "fascista" que efectivamente tuvo lugar en determinado tiempo del año 1927, Arnaldo afirmaba que *"En el Régimen Fascista — exasperadamente nacional y totalitario — sólo los fascistas tienen el derecho del mando. Si una asociación nacional de profesionales, cambia, con el nombramiento de un directorio, su vieja designación por la de fascista, no es como para creer y sería peligroso creer-*

lo, en la conversión automática de todos sus adherentes al Fascismo. Hay fuerzas nacionales que deben estar encuadradas, guiadas y sostenidas por fascistas. El distintivo de la fe y del valor no puede ser sino el privilegio de una fuerza política consciente, que rige el mando en todas las alternativas. Tiene fe en la palabra y mantiene la convicción absoluta de su credo".

Después de casi un quinquenio de actividad periodística, Arnaldo dictaba en los siguientes puntos básicos los resultados de su múltiple experiencia a propósito de la prensa fascista: *"Exclusión de adjetivos altisonantes, estilo severo, apego a la realidad, conclusiones en armonía con las premisas, la vida práctica interpretada fielmente según la teoría y el método fascista. Pueden ser concedidos atenuantes para los adjetivos sólo cuando se habla de la fe fascista, que ha tenido sus mártires, y del*

mito, que está por encima de todos. El noticiario no debe ser temido: es necesario que sea rico, abundante, nuevo, original, y que, posiblemente, se refiera a la parte mejor de la humanidad, a la que piensa, que vive, que se anima por las cosas bellas, que se eleva por encima de la mediocridad, que se exalta en la pureza de los pensamientos y en las buenas obras. Podrían abolirse las crónicas de los suicidios y las crónicas negras que se refieren a seres inhumanos y abyectos".

Un hombre que tenía estos pensamientos, no consideraba el periodismo como una profesión, sino como una misión. Nada se le escapaba, aun dentro del rápido transcurso de la jornada. Todo estaba subrayado por el artículo de fondo, como en el número del 16 de Julio de 1927, en que se ilustraban tres acontecimientos; esto es, el primer responso de la Magistratura del Trabajo, la inaugu-

ración del Nuevo Banco del Trabajo y la Sesión del Instituto Nacional para las Exportaciones. El comentario era de clarificación y de impulso. He aquí cómo saludaba Arnaldo una serie de acuerdos sindicales en la agricultura:

"Josué Carducci, en sus invocaciones fervorosas de amor patrio, esparcidas de inquietud por la diferencia profunda entre la realidad del día y su sueño de gran artífice, hubo de invocar como condición suprema y esencial de vida la pacificación de las campiñas y la labor tranquila de los trabajadores rurales. Lo que ayer parecía una imposible aspiración de poeta, es hoy realidad, existencia viva y palpitante, aun si los italianos, fácilmente ingratos y olvidadizos, parecen holgar en la quietud del tiempo".

También en 1927, los mejores artículos escritos por Arnaldo fueron aquellos en los cuales trató las relaciones entre

la Iglesia y el Estado. Era una problema, éste, que él consideraba fundamental. En 1928 la actividad periodística se amplía, y toda una serie de escritos colocan los problemas y la esencia del Fascismo ante el mundo. A propósito de ciertas "bravatas" austriacas, en el *"Popolo d'Italia"*, él admonía:

"En todo tiempo y en toda contingencia, Italia fué generosa. No lo repito hoy por un motivo de oportunidad sentimental: lo afirmo como índice de hecho indiscutible para hacer entender a los herederos de la vieja Austria que el pasado no se borra, que no se puede volver atrás, que la última política de una gran potencia no puede ser turbada por ciertas discusiones que lejos de esclarecer, enturbian la pacífica vecindad de dos pueblos. El Alto Adige es Italia, el Brennero es inviolable".

El de 1929 es el año en el cual hay

que recordar dos acontecimientos memorables: el *Plebiscito* y la *Conciliación.* Los formidables resultados del primero eran ilustrados en su significación como sigue:

"El pueblo italiano ha medido la importancia de la paz y de la colaboración social. Toda esta política de dignidad en el interior y en el exterior que parece aquietar solamente a los espíritus sedientos de orden civil y jurídico, ha tocado profundamente, en cambio, el alma del pueblo. Estaríamos por decir, si no se tratase de una paradoja, que el pueblo italiano se ha revelado asaz mejor preparado que muchos políticos que quieren regir sus destinos. El Duce, en su compleja tarea, sin interrupciones, no ha dudado jamás de la sabiduría del pueblo. Ninguna voz desinteresada, ninguna fatiga, ninguna generosidad es vana para este pueblo que tiene en sus venas el sentido del control y del dominio. He

aquí la razón del plebiscito en favor del Duce y del Régimen".

¡El, que desde los años 1926 - 1927 había preparado la Conciliación, no podía dejar de alegrarse ante los acuerdos Letranenses del 11 de Febrero!

El artículo sobre el acontecimiento, publicado el día siguiente, es bellísimo, lo mismo que los sucesivos. Valdría la pena reproducirlos integramente, pero deberán ser leídos por cuantos deseen tener una idea de lo que fué la sorpresa, el entusiasmo de la Conciliación. *"Era necesario* — escribía Arnaldo — *hacer justicia de la pequeña facción masónica que obedecía a los criterios y a los intereses de las escuelas extranjeras. Benito Mussolini, con su gran prestigio de "Condottiero", de político, de animador, ha aclarado la situación espiritual y política italiana, ha vencido la retórica, ha obedecido al instinto, ha intuído la gran-*

deza de una conciliación. Espíritu inquieto que la juventud exuberante había llevado más allá de las pequeñas concepciones filosóficas, en la plenitud de la vida, del genio, de la experiencia, ha sabido reconducirse en las grandes verdades divinas que resisten al choque de los siglos".

Con estas palabras Arnaldo demostraba conocer las íntimas y atormentadas luchas y alternativas de mi espíritu.

Todos los problemas vinculados a la acción del Partido Fascista, a la preparación de los jóvenes, al desarrollo de las instituciones corporativas, a la situación económica de Italia y del mundo, a las cuestiones de cultura y de arte, eran enfocadas desde las columnas del *Popolo d'Italia.* Tan cercanos a nosotros, están los artículos de los años 1930 y 1931, que nos parece haberlos leído ayer. Notabilísimos los que fueron escritos en Mayo de 1930 — mi inolvidable Mayo toscano y milanés — y los escritos en Julio del

año pasado, en la época de la disidencia por la actividad de la Acción Católica.

Por esta disidencia, Arnaldo sufrió muchísimo, aunque estaba convencido de que habría sido subsanada. Cuando me preguntó si podía escribir sobre el asunto, le contesté que sí. Estaba seguro de que él habría contribuído a aclarar la situación en la conciencia muy turbada del pueblo italiano. Era un católico convencido y practicante, así como era un convencido y firmísimo soldado de la Revolución y defensor de los legítimos derechos del Estado. Sus artículos del verano de 1931 tuvieron una enorme repercusión, no sólo en Italia, sinó en el mundo. No estaban — como se dijo — inspirados por mí. Era su conciencia de fascista y de cristiano que se los dictaba. Auspiciaba que el conflicto no se hiciera irreparable, para el gusto de todos los enemigos internos y externos del Régimen, quienes se alegraban ya ante la contienda, de la cual deducían causas y ra-

zones para previsiones catastróficas.

Entre sus papeles he encontrado interesantes cartas de adhesión, hasta de sacerdotes eminentísimos, ansiosos de volver a ver el horizonte libre de nubes en el cielo de la Patria. Lo cual ocurrió con el acuerdo aclaratorio del 2 de Septiembre, acuerdo que suscitó — en todas las partes del globo — comentarios y discusiones no menos animados de los que siguieron a la firma de los tratados de Letrán. Saludaba el nuevo acuerdo con un artículo titulado: "Solución integral". *"Si la disención estaba circunscripta por nosotros* — escribía — *sus repercusiones, en cambio, tenían un carácter mundial. Las vicisitudes de la Iglesia interesan al mundo entero. Todo lo que viene de Roma, que se refiere a Roma, tiene un vasto eco en todas las naciones. Los enemigos del Régimen Fascista tenían sumo interés en dramatizar la situación, con la finalidad*

engañosa de enajenarnos aquellas simpatías y adhesiones que surgen en todo el País entre los espíritus más modernos, conscientes de la necesidad del orden, de la autoridad, de la justicia. Esta arma miserable viene a quebrarse entre las manos de nuestros adversarios. Una vez más el Fascismo revela su firme voluntad de concordia, de vida serena, despierta y espiritual. El acuerdo de hoy supera en este sentido los límites de la breve cuestión cincunscripta. Es, ante todas las naciones, otra prueba de la serena grandeza de Roma espiritual, humana, católica y fascista".

Después de haber releído rápidamente los artículos copilados en cuatro volúmenes y los que volverán a ser publicados próximamente, confirmo lo que dije: la única revelación periodística de 1922 en adelante ha sido la de Arnaldo Mussolini. "La tuya" le dije un día, conmoviéndolo profundamente. Sobre su lápida merece-

ría la leyenda de "Periodista de la Revolución".

Y periodista con los requisitos de gran periodista. La facilidad de escribir, en primer lugar, ya que el diario está vinculado a su efímera existencia de un día y a los hechos que en el breve curso de 24 horas acaecen en el mundo; la forma, siempre más clara, armoniosa, pulida, la cual, a través de muchos artículos puede incorporarse a la mejor tradición de la prosa italiana; y siempre, también en los artículos dedicados por las necesidades del momento o de polémica, a argumentos mediocres, siempre omnipresente un punzante propósito educativo, un esfuerzo tendiente a mejorar los lectores, lo cual explica el tono de las polémicas y la ausencia casi total de los "personalismos" ajenos a su espíritu y que habrían rebajado el nivel moral del más antiguo y gran diario del Régimen.

Arnaldo tenía presente siempre su responsabilidad de director de un diario fun-

dado no por su "hermano", sino por el hombre al cual estaba orgulloso de obedecer como gregario. Debía ser un diario de ideas y de educación. Hay un hecho que documenta de la manera más irrefutable el éxito de un periodista: la "espera" de su artículo. En efecto, el artículo de Arnaldo era "esperado". Primeramente, "esperado", porque se quería ver en él mi inspiración, y después, "esperado" por el valor intrínseco, de la substancia y de la forma, de los escritos de Arnaldo. Pero he aquí que principalmente después de la tragedia de Sandro, Arnaldo — como él mismo gustaba decir en otro campo — toma altura; el periodista se transmuta en escritor. Privilegio concedido a pocos. Hay periodistas que no serán tanto escritores, como escritores que no podrán ejercer nunca el periodismo. En general, la actividad periodística, está muy ligada al "hecho", para que pueda permitir elevaciones hasta la literatura. Sin embar-

go, no hay duda de que el periodismo puede dar gimnasia al cerebro, del mismo modo que una palestra prepara los atletas. El periodista se convierte en escritor cuando se "interioriza" o empieza a ver las cosas, no ya desde el punto de vista cinemático de la contingencia, sino desde el de la trascendencia; cuando inclina la cabeza para reflexionar acerca de los problemas originarios; cuando como en el caso de Arnaldo, llevado por un enorme dolor a la cima, se siente como libertado de los empachos que lo retenían en la llanura y respira ya en la atmósfera de las cosas infinitas y eternas. El periodismo del cotidiano acaba y comienza la poesía. Poesía del amor y de la muerte; de la esperanza y resignación; de la vida terrena y del más allá fascinante y consolador.

En Marzo de 1931, insistí mucho sobre que Arnaldo visitase Libia. Lo hice en la esperanza de que se pudiese distraer un poco. En efecto, fué allá con su hijo Vito. Desembarcó en Trípoli el 2 de Marzo.

Después de esta visita a la colonia, escribió algunos artículos para el diario, los cuales agradaron a los elementos dirigentes metropolitanos y coloniales. Se perfilaba el periodista. Pero en un diario que hasta ahora ha permanecido inédito y que no obstante ello yo hice leer al Ministro Cuadrunviro De Bono, hay estas anotaciones que no son ya periodismo, sino poesía. Arnaldo visitó Sabrata, que, como Cirene o Leptis Magna, se la está desenterrando. ¡Espectáculo grandioso, que provoca meditaciones profundas sobre las mudanzas de las cosas humanas!

"Vagando por los campos de dunas, a los que la lluvia reciente ha hecho que se cubrieran de un verde tierno, el cual desaparecerá con el calor incipiente, veo de improviso vastos manchones de flores en el tono cálido de los trópicos. Rojos profundos, azul intenso, prados de flores amarillas o margaritas tenues. ¿Dónde he sentido otra vez estas sensaciones de

ambiente, de color, de tiempo que no logro encuadrar en el hoy, en una época lejana que yo no recuerdo, en un cuadro que no logro reconstruir? ¿Algún ascendiente lejano mío recorrió quizá esa tierra? ¿O, viva, en tonos violentos y definidos, es una vida que me ha sido arrancada, y por la cual me aprisiona la angustia más aguda?

"Regreso a Trípoli en el ocaso. El sol que cae en el mar tiñe en rojo vivo el horizonte. Pensamientos lejanos, sentimientos que se debaten en los confines inalcanzables, recuerdos de glorias antiguas y dolores recientes. Melancolía dulce y grave en el crepúsculo".

Mas, he aquí otra anotación no menos poética, que he encontrado entre sus papeles. También ella debe ser del año 1930 o 1931. Está intitulada "Nubes", y dice:

He visto esta mañana riente
la tierra.

¡He aspirado el acre olor ferroso
de los terrones agostados
impregnados
de lluvia fecunda!
¡Las plantas
parecían surgidas
en un baño
de fiesta,
en la gloria del sol,
y tendían
las ramas, las cimas, los tallos
hacia el cielo,
para agradecer y bendecir
retazos de nubes
huyentes,
para rociar
otras tierras lejanas!
¡Así yo quisiera una mañana
despertarme de improviso,
sentirme liviano,
perdidas las escorias
de la materialidad,
sentirme inmediato
a los seres queridos,

librado el espíritu
a regiones inmortales!
¡No creer en el mal,
deleitarse ascendiendo!
Abrazar en el ímpetu
a los hermanos que sufren
y a los que esperan,
creer en la fuerza que domina,
en el pensamiento que ilumina
al mundo.
¡Extiendo el espíritu a lo alto,
como los tallos y las plantas
hacia los cielos!
Mas los deseos del alma
huyen también
como nubes
hacia regiones lejanas.

"Abrazar a los hermanos que sufren y a los que esperan", he aquí el motivo dominante en los pensamiento de Arnaldo, durante toda su vida y especialmente en el último tiempo.

Tiempo de tragedia. De una tragedia

que no puede ser comprendida a fondo sino por aquellos que están "continuados", que tienen hijos. La muerte de Sandro lleva al meridiano pleno el alma de Arnaldo. Y cuando, después de un año escribía un libro sobre aquél, destinado a un corto número de íntimos, Arnaldo Mussolini, en sus páginas, tocará el límite supremo de lo bello y de lo grande. "*Llanto del amor paterno*" así puede ser, será llamado el libro breve, pero que no se puede leer sin sentirse partícipes de aquél dolor. Creo que no haya mucho en la literatura italiana que tenga igual potencialidad dramática, una tan profunda, cristiana y resignada melancolía. Este diálogo entre el padre — entonces vivo — y el hijo muerto, no es tan sólo extraordinariamente patético en la substancia, sino que es logrado y perfecto en la forma. Desde las primeras páginas surge el motivo de la bondad:

"*Papá te escribe. Veo, en la sombra y*

en el silencio, un imperceptible gesto tuyo de contrariedad. Yo venzo tu altivez y quiero hablar de tu vida tan breve y no obstante luminosa. No me mueve mi doliente vanidad paterna, tan cruelmente sacudida, ni mi orgullo herido, destruído y dispersado, sino sólo la conciencia de un más alto deber. Siento que de tanto dolor puede y debe nacer un gran bien; siento que el que es mi cerrado sufrimiento paterno puede llegar a ser fuente de un vasto don de bondad".

Arnaldo narra luego sucintamente los primeros años de la vida de Sandrino, recuerda las alternativas terribles entre el primer fallo inexorable de los médicos y las esperanzas que vuelven a surgir, seguidas de desilusiones cada vez más amargas. El 3 de agosto de 1930 comenzó el calvario de Cesenático. Pero he aquí, la página dedicada a la última jornada de su hijo; he aquí, con acentos ca-

si extraterrenos, la plegaria que no fué escuchada:

"Me arrodillé entonces y dije: Señor, salva a Sandrino. Es bueno. Es puro. Jamás ha dicho una palabra injusta. Jamás ha faltado a tus leyes. Ha amado a sus padres y a sus maestros, a sus compañeros y al prójimo. No ha retrocedido ante ninguna dificultad. Su modestia fué siempre digna y altiva. Ha amado a los humildes. No cometió jamás un pecado. ¡Salva a Sandrino, oh Señor! El es una certidumbre para el mañana; es el honor, la bondad de nuestra casa. Su confesor lo ha llamado santo. Si hay culpas por las cuales alguien deba expiar, tómame a mí, oh Señor. Y si juzgas que la muerte pueda ser una liberación, haz que yo me convierta en ciego, en mutilado, en paralítico, mas salva a Sandrino. Yo ya he vivido. El tiene veinte años. Esta mañana, en la exposición del Santísimo, su pequeña hermana tuvo una crisis de

llanto desesperado. Vito, su hermano, está totalmente cerrado en su dolor profundo y nos preocupa. Salva a Sandrino por ellos y más por su madre, por todos aquellos que invocan la gracia, por los inocentes que ruegan, por todos los que desde todos los rincones de Italia elevan auspicios y votos. ¡Salva a este hijo, Señor! El honrará tu ley divina y la ley moral de los hombres. Sentí que mi plegaria no podía ser acogida... La mañana del miércoles 20 de Agosto el sol fulguraba, cuando vi en seguida, sensiblemente, en el horizonte, una franja negra. El profesor Ferrata me dijo: Está moribundo. No sufre."

Ahora es el padre que narra al hijo muerto las fases de su agonía — páginas que dan calofríos — después, la descripción de los funerales y la sepultura en Paderno.

"Pero desde ese cementerio humilde

tú quieres que una luz continua se difunda, una luz de fe y de bondad. Todo tu sufrimiento debe transformarse en obras de bien. Sólo por esto, quizá, Dios ha permitido la tragedia que me ha tronchado la vida.''

Yo que presencié las últimas jornadas del mal; que llegué a la mañana siguiente de la muerte y ví a Sandrino ya inmóvil, frío, sereno — mientras el sol incendiaba los campos, el mar y las casas silenciosas — yo que abracé a Arnaldo deshecho, irreconocible, ausente y ya lejano, pensé que el golpe era irreparable, que toda palabra de consolación habría sido vana, que a Arnaldo ya le preocupaba poco o nada la vida terrena, puesto que tenía el ansia y la certidumbre de alcanzar un día al hijo perdido. En el mes de Abril siguiente me llegó el libro a la memoria de Sandrino, con una dedicatoria que dice: *''A mi hermano Benito, esta publicación en recuerdo de San-*

drino, escrita en la angustia más áspera, ofrezco conmovido. — Arnaldo.'' — Leí en seguida el libro, que me atenaceó el espíritu, que me dió un sufrimiento agudo y a la vez inefable, y telegrafié así a Milán:

''He leído con gran emoción el libro que has dedicado a la memoria del pobre Sandrino y he revivido esas jornadas de angustia. No podías honrar mejor a Sandrino, cuyo recuerdo está como siempre vivo en mi corazón''.

Mientras escribo estas palabras — noche del 31 de Diciembre de 1931 — miro el retrato de Sandrino, que Arnaldo me envió con esta dedicatoria: *''A Benito, nuestro jefe, esta rama del tronco arrancada a los veinte años. — Arnaldo y Augusta. — Septiembre de* 1930. - *VIII''* y recuerdo el 31 de Diciembre de 1930, cuando Arnaldo fué huésped mío en Villa Torlonia. Encuentro esta nota en mi diario: *''A medianoche escuchamos por*

radio las campanas de Génova y las sirenas del puerto. Arnaldo estaba triste, y Augusta, más que él".

En los últimos años hizo una serie de discursos que no han sido olvidados por los fascistas, ni por el público. Así, en Pavía se recuerda la conferencia *"Hacia la nueva primacía"*, dicha en la inauguración del Instituto Fascista de Cultura el 17 de Enero de 1929. Un discurso que tuvo notable repercusión fué el pronunciado en Milán el 9 de Marzo de 1928, Año VI, titulado: *"Las fuerzas dominantes"*. Otro discurso, no menos interesante, fué el pronunciado en el Teatro Lírico de Milán, el 13 de Marzo de 1929. Arnaldo explicó porque no figuraba entre los candidatos:

"Ya en 1924 — dijo — *y una vez más en* 1929, *creí oportuno declinar la invitación que se me hizo para que yo fuese candidato. Esta negativa mía, me*

apresuro a decirlo, no tiene relación con una antipatía específica hacia el Parlamento. Ella se debe a otras razones de carácter personal. Tengo el orgullo de poder afirmar que la colaboración diaria que presto a través de "Il Popolo d'Italia" a la gran obra del Duce y del Fascismo es tan intensa que absorbe por completo todas mis actividades. Además, en el Parlamento Nacional está la figura dominante de Benito Mussolini, no siendo necesaria la colaboración de los menores."

Discurso de circunstancia, bien que pleno de puntos interesantes, es el pronunciado en Ghirla a 600 oficiales de la Milicia, después de las maniobras — 30 de Agosto de 1928. — Todo impregnado de afecto y nostalgia por nuestra tierra es el discurso *"Romaña"*, pronunciado el 15 de Marzo de 1928, en la Asociación "Familia Romañola", de Milán. Fueron con amplia y certera visión del panora-

ma agrícola-forestal de la Nación sus discursos del 25 de Mayo de 1928 *"La agricultura en la vida italiana"*, en el Pabellón de Agricultura de la Feria de Milán; el de Asiago, el 8 de Septiembre del mismo año, durante la "Jornada Forestal"; aquél acerca de los *"Problemas de la montaña"*, pronunciado en el Pabellón de Agricultura en la Feria de Milán, el 26 de Abril de 1929; aquél sobre *"Tradición agrícola"*, en Cesena, el 8 de Abril de 1929, para la asignación de los diplomas a los peritos agrarios del lugar. Muy importante es el discurso *"Trabajo y Potencialidad"*, pronunciado el 31 de Mayo de 1929, en la Casa de los Sindicatos de Milán, en el cual se encuentran la ilustración y el exaltamiento del sindicalismo fascista y de sus desarrollos corporativos, tema sobre el que Arnaldo volvió de modo más amplio en 1931, con una serie de artículos muy oportunamente recogidos en uno de los Cuadernos de Actualidad de *Augustea,*

con prefacio del ministro Bottai. Discurso en alto grado admonitor: "*Todos aquellos* — dijo entonces — *que prometen mares, montes y paraísos, obran de mala fe. Ninguna varita mágica puede cambiar el curso de la historia... Las Corporaciones Fascistas, que los fáciles y prevenidos detractores consideraban una construcción ideológica, son hoy examinadas, estudiadas y discutidas por todos los pueblos del mundo. Roma, por boca del Duce, proclama aún a los pueblos una gran verdad: afirma que ellos no encontrarán la salud, la fuerza, la concordia y la prosperidad sino en el trabajo, en la colaboración de todos los elementos aptos para la producción, dominados por grandes fuerzas móviles como el espíritu de la religión, de la familia y de la Patria.*"

Después de haber exhortado a los jerarcas para un estilo de vida extrictamente adecuado a sus funciones y debe-

res, el discurso concluía con esta inspirada peroración:

"Nuestra riqueza, el don más ambicionado por Italia, está en los ánimos serenos y en los brazos robustos del gran ejército de trabajadores que se recoje — desde los talleres, como desde los campos, desde las oficinas, como desde la abierta navegación — para obrar, bajo el dominio de la fuerza renovadora del Fascismo, bajo la égida poderosa del Duce, el prodigio del nuevo renacimiento italiano."

No obstante, es sobre todo en sus actividades periodísticas de 1931 y con los discursos pronunciados en los últimos meses del año que Arnaldo logra llegar al cénit de su completa autonomía y potencialidad intelectual y espiritual. Nadie, ni siquiera el más tonto o el más malvado de los adversarios, cree ya en la patraña de Arnaldo — simple intér-

prete, vulgarizador — megáfono del Duce. Arnaldo es ya alguien. Es inconfundible. El estudio y la experiencia lo han hecho. El dolor lo ha fortificado y elevado, induciéndolo a más altos, más humanos pensamientos. En el discurso de Varese de Noviembre, como principalmente en el de Diciembre, pronunciado en la Escuela de Mística Fascista de Milán, conquista la inteligencia y la sensibilidad de la multitud que lo escucha. Da la impresión de un hombre que, habiendo vivido mucho y sufrido mucho, puede decir — con la conciencia tranquila —las palabras que eduquen e inciten a las nuevas generaciones. Son palabras como las siguientes que merecen ser esculpidas en las aulas de las escuelas, en las palestras, en las sedes del Partido:

"Hay que desdeñar los asuntos mediocres, no creer en la vulgaridad sino firmemente en el bien. Así seréis tam-

bién más fuertes contra las adversidades inevitables de la vida: si el dolor golpea a vuestras puertas ,os ,sentiréis mejor templados para afrontar la tormenta. Tened la verdad siempre cercana y la bondad generosa como confidente... Sentirse siempre joven, henchido el espíritu de estas verdades supremas, es como sentirse en un estado de gracia. Sólo así se puede estar preparados para vivir dignamente o dignamente morir".

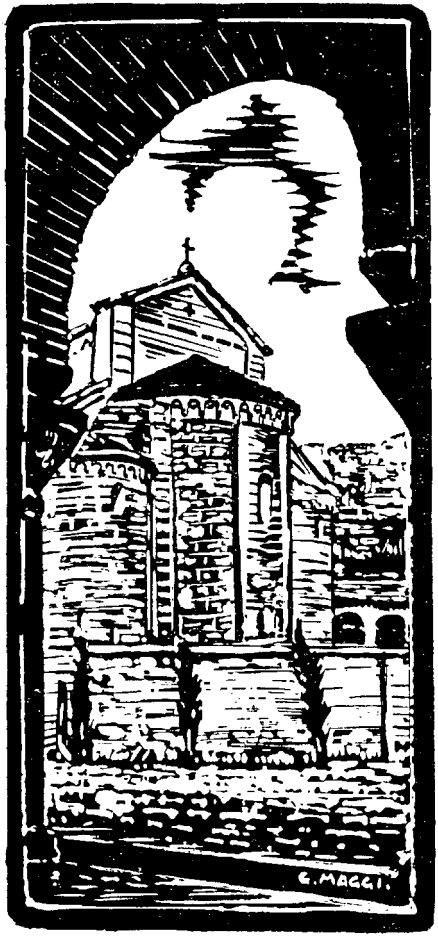
¿No presintieron los jóvenes de la Escuela de Mística, en estas palabras el anuncio de un inminente tránsito? Es la impresión que me hizo las últimas veces que lo vi en Roma. En Noviembre último fué nuevamente huésped mío. Con fecha 9, encuentro en mi diario esta anotación de presagio:

"Mi hermano Arnaldo, sufre todavía mucho y yo sufro pensando en él. Se me aparece a veces "adormecido" en su dolor e indiferente al mundo".

El último discurso — más presagioso aún, — casi de vigilia, fué pronunciado por Arnaldo veinticuatro horas antes de caer con el corazón despedazado. Una vez más exaltaba la solaridad entre y para con los humildes, incitando al bien. Estas palabras extremas tenían conexión con las del testamento espiritual, que los italianos — a pesar de los tiempos de turbación moral, de miseria material, de cinismo más o menos disimulado y de egoísmo desenfrenado — han leído con profunda emoción.

Releyendo, como lo he hecho en estos días, los últimos escritos y los discursos pronunciados por Arnaldo durante nueve años estoy bien lejos de afirmar que todo lo que ha salido de su pluma o de su boca haya tenido carácter de excepción. Todo, no. Todo, sería imposible. La labor del periodismo es demasiado rápida para obtener cada día una obra maestra, aunque sea pequeña. Aún en

los poemas más grandes, no todos los versos son sublimes. A veces un poeta ha pasado a la posteridad por un soneto, un escritor por una novela. Pero hasta cuando una comisión de cejijuntos censores sometiera a una crítica severa los mil artículos y los cien discursos de Arnaldo, creo que permanecería de entre ellos un número suficiente para confirmar mi juicio, no dictado por el amor fraterno, esto es, de que Arnaldo ha sido grande y hasta hoy no superado periodista de la Revolución de los Camisas Negras, y, sobre todo, de que también en los artículos menores, los llamados "cursivos", en los sueltos, en los comentarios a las noticias, en todo eso que representa la parte menor del periodismo, Arnaldo no olvidaba nunca el tono educativo, el que ennoblece la profesión y hace de ella algo tan fundamentalmente diverso de un simple comercio de noticias y de papel impreso.



San Casiano

COLABORADOR

Arnaldo ha sido durante doce años mi más precioso colaborador. Primeramente en la administración del diario; después, en la dirección. Colaborador en el sentido más lato de la palabra. Asiduo, inteligente, reservado. Asociado a mis trabajos en los grandes y en los pequeños problemas. Cada día aportaba su piedra a mi edificio. Nos encontrábamos con frecuencia en Roma, en Milán, en la Romaña. Cada vez hacíamos un examen de la situación en sus aspectos

generales o en sus detalles. Me traía noticias, me refería entrevistas, me consignaba pliegos de cartas, súplicas, memoriales, me señalaba estados de ánimo formados o en formación. Nuestras apreciaciones, a veces — muy raramente, no obstante — no coincidían del todo; pero casi siempre, más tarde, comprobaba que él tenía razón. A él acudía infinidad de gente. Con frecuencia me libraba del peso de trámites que él podía solucionar directamente. Tenía un extraordinario respeto por mi trabajo y trataba de evitarme todo fastidio y toda aflicción. Decir que ha colaborado conmigo como un hermano y como un gregario, no basta: quiero dar pruebas de ello, esto es, quiero demostrar cuál ha sido la actividad desarrollada por Arnaldo en la determinación de la política del Régimen. Y lo haré reproduciendo de las centenares de cartas que nos hemos enviado desde 1922 a 1931 los párrafos más significativos e interesantes. En los

"legajos" — ¡gris y triste vocablo burocrático! — no he encontrado elementos de los años 1922 — últimos meses del año después de la Marcha sobre Roma — ni de 1923. Muchos papeles se pierden o destruyen fatalmente hasta en las oficinas más rigurosamente ordenadas.

Terminado el año 1923, el de los plenos poderes, fueron decididas las elecciones políticas de Abril de 1924. Con fecha 4 de Febrero de 1924, Arnaldo me escribía:

"Deseo expresarte mi opinión sobre las elecciones que se van a realizar. 1º *Espero que con tu buen sentido harás justicia y eliminarás de la lista a todos aquellos que no cuentan con los números necesarios para ser representantes de la Nación;* 2º *Hacer vigilar especialmente en Emilia el movimiento de los disidentes que por el apoyo de los agra-*

rios y la estulticia de los "ras" (14) *puede dar alguna sorpresa;* 3º *No olvidar que de Roma abajo los partidos como tales no cuentan, pero valen las personas, y para que la votación sea amplia y tenga carácter de consentimiento, es necesario incluir en la lista algunas cariátides del viejo mundo;* 4º *No olvidar la vigilancia de la masonería de todos los tintes, la cual está explotando el malestar provocado por los alquileres y los tributos, y si ello no bastase, también el que deriva de las tarifas y de la ex-*

---

(14) Originariamente el ras era el jefe, el gobernador del imperio feudal de Abisinia. Se llamaron con este nombre algunos pequeños jerarcas provinciales que en los primeros tiempos de la Revolución creyeron poder utilizar el Fascismo para sus mezquinas finalidades y ambiciones. La Revolución fascista es, sobre todo, una gran Revolución de ideas; no todos, desde los principios, la comprendieron en su verdadero, profundo significado; se tuvo entonces algún disidente, algún ras; pero no tuvo mayor importancia; su pequeña gloria local fué de breve duración.

tensión de los derechos impositivos del consumo — ver Milán".

En el segundo semestre de 1924 — después de estallar la llamada "cuestión moral" (15), Arnaldo se mantuvo brillantemente en línea. El 24 de Junio — cuatro días después del homicidio Matteotti — le envié un artículo para publicar en un suplemento del *"Popolo d'Italia"* titulado: *"Alto ahí, señores"*. No es sin emoción que en estos días he vuelto a dar con el original, que él conservó celosamente.

Desde la palabra de orden, Arnaldo

(15) Perdida la batalla en 1922, los opositores derrotados, buscaron de combatir el Fascismo mediante la calumnia, recurriendo a los medios más insidiosos. Después de la muerte del diputado Matteotti (1924), quisieron explotar el trágico y doloroso episodio y aún hablaron de una "cuestión moral". Fué su última batalla; toda la Nación se levantó y los tristes calumniadores tuvieron que batirse en retirada, cubiertos de infamia y vergüenza.

se batió día a día valientemente, hasta ese 3 de Enero de 1925, en que demolí el "Aventino". Recientemente, le había rogado que recogiese en volumen los artículos escritos durante el período de la "cuestión moral"; él lo había hecho; pero después convinimos en que era inútil atribuirse honores por haber cumplido simplemente con el propio deber de fascistas, y que a la vez no era necesario volver sobre un episodio vetusto y olvidado. Le restituí la compilación de artículos, que anteriormente le había prometido prefaciar, percatándome de que no tenía por el asunto mayor interés. Algunos fragmentos de esos artículos han sido reproducidos en este libro. Todo el primer semestre de 1925 indica la total reanudación del movimiento fascista, mientras los resíduos del "Aventino" son dispersados definitivamente. Durante estos años difíciles — porque era el principio — y tormentosos, porque el viejo mundo no

había sido aún dispersado, Arnaldo se había afinado en su inteligencia política. El 18 de Agosto de 1926 pronuncié el famoso discurso de Pésaro. El 23 del mismo, Arnaldo me escribe:

"...En Milán, ninguna novedad notable. Siento toda la pasión que pones en la actual batalla y lamento no tener mayor dominio para ayudarte. Consideraría útil secuestrar y proceder fascísticamente contra el libelo "La Política financiera del Gobierno Fascista", *del partido Socialista Unitario. Si lo crees así, podemos pasar al ataque en el diario. Creo útil salir de la reserva y pedir a grandes voces sanciones ejemplares".*

Al día siguiente del tercer atentado — 11 de Septiembre de 1926 — Arnaldo me telegrafiaba: *"Dios te protege, los italianos te veneran: dos fuerzas que hacen vana la criminalidad de los adver-*

sarios. Turbado, conmovido, te abraza, Arnaldo".

Y pocos días después — el 15 de Septiembre — recibía esta carta suya, que merece ser conocida:

"He recibido tu carta y los papeles. Te doy las gracias. Estoy todavía bajo la impresión de ese complot y no te escondo que si supe dominarme el primer día, hoy, volviendo a pensar en la tragedia que has y hemos rozado, se me llena el ánimo de espanto y tristeza. Dios te asiste, y espero que querrá asimismo iluminarte o iluminar a los que están destinados a la vigilancia de tu preciosísima existencia. Te envío el duplicado de todos los impuestos que pagas como ciudadano y propietario del "Popolo d'Italia", y por sus publicaciones... En fin, si me fuese permitido expresar mi pensamiento sobre el actual momento político, quisiera decirte que dentro de

algunos días convendría que tomaras a tu cargo el Ministerio del Interior. Amo y respeto a Federzoni, lo considero fiel y devoto. Pero ha llegado el caso de que, para corregir una serie de personas detestables, fascistas levantiscos, de mentalidad facciosa e irreductible, se hace necesario tu autoridad... La disciplina partidaria, la noción de la gravedad de los días que atravesamos, la base moral indispensable para cualquier movimiento político, no pueden ser transmitidos sino por tu autoridad, por tu nombre, especialmente por tu severidad, y esa vida tuya jamás puesta en tela de juicio. Los fascistas, tienen ese mérito: no cuestionan sobre su Jefe. Es necesario que te valgas de la posición excepcional que has sabido conquistarte en virtud de una existencia intachable y de una genialidad política que descuella sobre todos. Te ruego me disculpes si me he permitido darte estos consejos. Los he cribado conmigo mismo y con mi conciencia per-

mitiéndome sugerírtelos. Te abrazo afectuosamente con toda el alma y de todo corazón".

En Octubre de 1926 comenzó el año franciscano. Yo fuí a Perugia para dar la conferencia o lección acerca de *"Roma antigua sobre el mar"*, que le agradó muchísimo, según me lo hizo saber telegráficamente y después por la carta siguiente:

"A raíz de los artículos que tuve ocasión de escribir de oídas sobre la Cuestión Romana, estuvo el Padre Tacchi Venturi, quien me manifestó el deseo de encontrarse conmigo cuando vaya a Roma. Preveo que no querrá hablar de la lluvia y del buen tiempo, sino que deseará entretenerme sobre las relaciones entre Iglesia y Estado. Es inútil decirte que en tal materia soy muy reservado, pero, antes de ir a esa entrevista, que puede también resultar un acto de pura y sim-

ple cortesía, deseo estar autorizado por ti".

Poco después me transmitía copia de una carta muy severa, enviada por él al Secretario Federal milanés de esa época, para reconducirlo a una mayor vigilancia y sentido de responsabilidad.

Hacia fines de Octubre de 1926 se hablaba de dársele un cargo en la organización periodística, pero Arnaldo me escribía como sigue:

"Querido Benito. Sé que en estos días tendrás que nombrar el consejo de Administración de la Caja de Previsión para los Periodistas. Sé, también, que muchos periodistas, y creo el propio Ministerio de Educación Nacional, han sugerido mi nombre. Por un complejo de razones no deseo ese nombramiento. Quizá sea inútil, de manera que te ruego borres mi nombre de la plana de candidatos. Tengo muchos trabajos y muchas

preocupaciones y, con seguridad, no sería un buen presidente. Te envío, en fin, dos fotografías que te recordarán la primera temporada en Cividale cuando estabas enfermo de fiebre tifoidea. Si recuerdas fuí a visitarte con Raquel y con la Edda. En la fotografía vuelvo a ver a Corrado Gabrici, el viejo amigo interventista de Cividale, que desgraciadamente murió en Roma, prófugo, sin llegar a ver la liberación de su tierra".

En Noviembre del mismo año — el día 8 — me escribía:

"Tras de mi conversación por teléfono te confirmo, por si ello fuese necesario, que tu nombramiento de Ministro del Interior ha sido, en esta emergencia, la cosa más luminosa. Es inútil te recuerde cómo este fuese también un antiguo pensamiento mío. Sólo tú eres capaz de hacer marchar en un movimiento sincrónico a la Nación y al Partido. Cerrado

el paréntesis de Bolonia, creo que en el año próximo se advertirán ya los indicios manifiestos de la grandeza".

En Diciembre de 1926 me señalaba:

"Estaría en tu modalidad hacer comprender a la burocracia escolar que el curso forzoso de las publicaciones que a ti interesan no halla tu simpatía, tu gusto".

En otra carta del 26 de Julio de 1926, se expresaba así:

"Esta tragedia de Matteotti no es el período áureo del Fascismo, pero en cambio, ha sido la ocasión más luminosa para medir de qué clase de soldados estaba compuesta alguna de las ramas jerárquicas fascistas". En la misma carta, hacia el final, hay esta anotación: *"Te agradezco por las cortesías que has tenido con mis hijos. Los muchachos son de ca-*

rácter cerrado; mas reflexivos, y no osaban esperar una acogida como la tuya. Quizá sólo sean tus familiares y los parientes más cercanos quienes tienen el sentido del miramiento, de la reserva y de la distancia".

Otra carta, del 17 de Marzo de 1927:

"...Me permito enviarte un ejemplar de la revista "Survey", bastante confusa, en la cual está reproducido un artículo mío que no creo sea uno de los peores. La revista me ha enviado cien dólares que con anterioridad yo había destinado para las colonias alpinas y marinas de los "balillas" de la provincia de Forlì".

Desarrollando su actividad en la más importante ciudad de Italia, después de Roma, Arnaldo se interesaba sumamente también por los problemas municipales. Con fecha 10 de Mayo, enviaba las siguientes indicaciones:

"Descuido decirte lo que se piensa y

se dice del Municipio. Para cubrir muchas insuficiencias agravadas por envidias y cuchicheos, habría sido necesaria la famosa Consulta. Llamo tu atención acerca de la facilidad con que varios ingenieros del Gobierno (de la Ingeniería Civil y de los Ferrocarriles del Estado), han sido destinados a asumir puestos de ingenieros directores de los nuevos trabajos de Milán, sin concurso.

"Te cito el caso del ingeniero... llamado por la Administración de los Ferrocarriles después de un concurso declarado desierto de oficio. Por último, el ingeniero jefe de la Ingeniería Civil, nombrado por designación director de los trabajos públicos de Milán, con un simple decreto del Podestá.

"Aparte de que la Administración del Estado no es la taberna donde se entra o sale a gusto, dejo imaginar la estela de comentarios a estos nombramientos.

"La situación del Partido yo la considero buena. En conjunto, leyendo dia-

rios, semanarios, informes, me parece que las cosas marchan muy bien.

"Los milagros no pueden realizarse.

"Hay que trabajar con el material de que se dispone.

"Los jóvenes serán mejores que la presente generación."

Y al final de la carta:

"La reducción de las asignaciones para compensar el alto costo de la vida no tiene más rastros de resentimiento. Milán, en cambio, está inquieta por el baile de la esterlina. Es quizá, la única ciudad italiana que siente las angustias de la inestabilidad. Esto es una indicación, no una apreciación. Hay que reunir el Comité del Trigo, discutir acerca de los precios, sobre los cultivos, distribuir los premios, mantener vivo el ardor de la batalla. Creo haber escrito mucho, te pido me disculpes y te abraza".

Después del grave accidente automovilístico del 28 de Mayo de 1928, que lo obligó a varias semanas de lecho y de reposo, el 24 de Julio me escribe para adjuntarme el texto del epígrafe dictado por Mario Gioda (16). Sucesivamente, el 1º de Septiembre de 1928, Arnaldo me transmitía copia de una carta enviada por él al Secretario del Partido, carta que

(16) Mario Gioda fué uno de los más férvidos animadores del Fascismo desde los tiempos de la vigilia de 1919. Más aún, fué él uno de los pocos que participaron en la famosa reunión de Plaza San Sepolcro, en Milán.

El 24 de marzo fué nombrado delegado de los Fasci por el Piamonte. En el Fascismo él veía, sobre todo, una profunda revolución de los espíritus, una renovación de la conciencia nacional; además, sentía también la fatalidad histórica del Fascismo, como consecuencia inevitable de la guerra de redención.

Preparó los Camisas Negras piamonteses para la Marcha sobre Roma, vió la gloria del triunfo, sintió toda la belleza del nuevo período constructivo iniciado por el Fascismo en el poder, pero no pudo seguirlo en sus imponentes realizaciones, porque la muerte lo abatió el 28 de setiembre de 1924, año II de la Era Fascista.

quiero hacer pública enteramente por su importancia intrínseca y siempre actual, y como una síntesis de las ideas, las directivas, los conocimientos de Arnaldo. Desde el punto de vista del estilo y de la educación fascista, es un documento no menos memorable que el testamento espiritual, escrito apenas algunas semanas después:

"Mi breve polémica sobre las virtudes y las necesidades del periodismo de los colegas romanos y mi punto de vista expresado en el "Popolo d'Italia", en algunos artículos que no reputo indignos, se ha cerrado rápidamente. Tengo sobre mi mesa legajos enteros de adhesiones. Son muchos quienes afirman que he sabido ver; pocas son las reservas y las críticas: algunas cartas anónimas sin importancia. Creo que mi punto de vista se identifique con el tuyo, o, a lo menos, el que se acerque más a lo que tú piensas en cuestiones de periodismo, de dis-

ciplina y jerarquías menores del Fascismo.

"No obstante, para ser sincero a fondo, y para tratar de dar un contenido práctico a las polémicas, deseo escribirte la segunda parte que por razones evidentes no he podido publicar en el diario. Se trata de algunos puntos inamovibles, necesarios después de un período difícil y agitado como ha sido este último de la vida nacional. Desde que todos nosotros somos elementos de una discreta cultura y de conciencia firme, sacamos las sumas no tanto para nuestra satisfacción, cuanto por el deseo de extraer enseñanzas, por lo que ha sido la obra de ayer, por el futuro que no será menos fácil y menos complejo que el pasado.

"No tengo la pretensión de descubrir América y seré esquemático.

"1º — Es necesario que en el cuadro general del Fascismo elijas cuatro inspectores políticos y cuatro inspectores

administrativos de conciencia segura, de amplia cultura política, desvinculados de toda escuela y de todo interés velado, obedientes a la ley suprema y armónica del Fascismo, perfectos conocedores de nuestros males particulares y colectivos, regionales y nacionales, de nuestros méritos y de nuestras cualidades, que, debemos confesarlo, no son pocos, ni despreciables. Estoy seguro que ante esta salida simplista sonreirás, diciendo: ¡Todavía más burócratas! Pero, ¿no están los vicesecretarios del Partido?

"Declaro, de inmediato, que nosotros debemos aprender de la Iglesia de Roma y también un poco del Estado y de su Ministerio del Interior. La Iglesia elige sus visitadores apostólicos para las diócesis, los cuales conciertan, escuchan, no se extralimitan, observan y señalan, a quienes corresponde, los puntos muertos sobre los cuales la política eclesiástica se detiene. Las autoridades superiores que están a cubierto de toda alter-

nativa y de toda maniobra envolvente proveen en consecuencia, de acuerdo con positivas indiraciones de los inspectores. Están, en verdad, tus vicesecretarios, inmejorables personas que yo conozco, pero que se hallan avocados a una tarea ímproba, en contacto con papeles, comisiones, diputados y jerarcas de tránsito. Los vicesecretarios deben permanecer tales; no se pueden mover muy seguido de Roma. El inspector político, en cambio, llega tempestivamente, sin investidura alguna de jerarquía, pero con el viático seguro de las altas autoridades del Partido. Mira, observa, y refiere: está a cubierto de toda sorpresa. Y en este sentido debe proveer también el inspector administrativo que podría ser elegido entre muy buenos oficiales de situación auxiliar.

"Sabes que, en conjunto, el Partido es sólido y digno del Régimen. En las líneas principales y esenciales todos saben interpretar cuál es la voluntad del Duce y

la meta del Fascismo. Faltan sólo pequeñas previsiones y coherencia. Esos gastos hiperbólicos en automóviles, transportes, secretaría, impresos, deben ser reducidos.

"En un período difícil como el nuestro, hay que dar la sensación del recogimiento. No hay cosa que más ofenda al pueblo italiano como la ostentación de la riqueza. No es que yo crea en la gravedad de este fenómeno, te repito. Creo y veo la gravedad de las voces en circulación, que no pueden ser anuladas y desmentidas sino por comunicados de personas superiores, insospechables, que hayan cumplido con severidad y conciencia fascista su tarea de investigadores. También las jerarquías provinciales, en general, van bien. Pero cuando se sienten vigiladas y cuando tengan la sensación de que de un momento a otro ciertas situaciones pueden ser revisadas y corregidas, habrá de su parte una mayor reserva y una mayor discreción. Esta for-

ma de llegar siempre en cuarta velocidad con un barullo de infierno, con aire prepotente de dominadores, fastidia terriblemente al prójimo. Cuando se tiene el honor de pertenecer, a tres años de la clausura de las inscripciones, al Partido Fascista, se puede y se debe aceptar de buen grado hasta la indagación más severa acerca de la vida pública y privada.

"No existen honores que no sean onerosos.

"Vuelvo a decirte que pienses seriamente en estos nombramientos. A primera vista ellos pueden parecer un duplicado de otras jerarquías, pero no es así. Los inspectores del Ministerio del Interior son superiores en sus funciones a los Prefectos. Por otra parte, estos inspectores del Interior, que prestan servicio notable, no pueden por su mentalidad y por su punto de vista, muchas veces, ser jueces imparciales por lo que respecta al Fascismo. Si, como yo

creo, el Fascismo debe vivir, afirmarse y ser provechoso al Régimen, es necesario que tenga también sus jerarquías de guía y de contralor.

"2º — Es necesario que crees una Oficina de Prensa del Partido. Sé muy bien que una oficina de prensa en Roma, desde donde está la del Jefe del Gobierno, y donde tiene sede la Agencia Stefani, no puede ser sino un elemento de segundo orden. Pero, para que esta Oficina sea útil no es necesario que se ponga a trazar temas, alcances y horizontes a la prensa italiana o que dé siquiera simples indicaciones sobre temas a desarrollar y sobre juicios a promover acerca de muchos acontecimientos nacionales e internacionales. Lo que en cambio es necesario para la Oficina de Prensa es destacar las deficiencias a los directores de los diarios, los cuales deben sentirse vigilados y sostenidos, y toda vez que llega una reclamación, una advertencia, una amonestación de parte del

partido, no sólo serán impulsados hacia un mayor sentido de la responsabilidad, sino que también será para ellos un incentivo, a fin de mejorarse e interpretar fielmente las directivas del Régimen. Ya no se trata de estudiar el giro del paquete de títulos de las diversas administraciones periodísticas. Lo importante es ver cómo son intuídos, tratados y desarrollados los grandes problemas que interesan a la vida nacional en el cuadro del Régimen Fascista. Si ante un error cualquiera de un cotidiano fascista llega rápida y oportuna la severa llamada al orden de las jerarquías, puedes tener por seguro que en el término de seis meses, la prensa, que por mi cuenta ha mejorado mucho, se acercará siempre más a las directivas supremas del Fascismo.

"3º — Nepotismo. Puede ser que en esta materia yo quiera derribar puertas abiertas. Estoy seguro de que en comunicaciones reservadas a las jerarquías de periferia les habrás hecho compren-

der lo que tiene de dañosa, injusta y nada generosa la tendencia manifiesta en todo tiempo, en toda revolución y en toda guerra victoriosa, de rendir provechosa y mejorar la situación personal de los parientes vecinos y lejanos, de los jerarcas pequeños y grandes. Creo que a esta categoría no pertenecen los parientes del Duce. Los italianos, en esta materia, deberían tener algo que aprender. Con todo, es innegable que los parientes próximos y lejanos se valen, para sus intereses y para su vanidad, de ciertas situaciones políticas de la "gloria de entre casa". Hay que enclavar esta mísera tendencia. Los jerarcas son soldados, son hombres de fe, tienen que sentir más hondamente los deberes que los derechos. Alrededor de su persona no deben crearse clientelas que son siempre detestables, y lo son más si se trata de clientelas de parientes. En este asunto debes ser claro, absoluto, derecho: tendrás el aplauso de todas las conciencias atemperadas y justas.

"4º — *Cargas económicas. Habrás advertido, como lo he advertido yo, que la economía italiana no está encuadrada sólidamente en el Régimen. El fascista ha creado condiciones extraordinariamente favorables para la economía capitalista; ha pedido, en cambio, una legislación que es una fortuna para las clases trabajadoras, pero que es también una razón de tranquilidad, de orgullo y de serenidad por parte de los productores. Abstracción hecha de las palabras y desplantes, la economía no ha dado grandes pasos. A cada momento pide algo al Gobierno. La agricultura parece que está en manos de aficionados; las exportaciones agrícolas disminuyen, mientras el Gobierno y el Régimen, con su política de protección a las fuerzas vivas productoras, deberían esperar algo mejor, sea de los productores como de los trabajadores. En la industria se nota un sensible mejoramiento, pero no debemos augurarnos que la Nación le-*

vante otras chimeneas. Hay que vigilar las que existen, y a tal fin sería necesario que en los consejos de administración entraran, no de rondón, sino con pleno conocimiento del Partido, hombres que estuvieran de nuestra parte. No se puede estar al margen del Fascismo. Te digo esto, no ciertamente para entrar en un consejo de administración, cargo que siempre he rechazado de plano por mi delicada situación política y periodística. Yo figuro en algunos consejos de administración de empresas periodísticas, donde notoriamente hay que perder dinero en vez de ganarlo. Pero, elementos nuestros ,salidos de las universidades comerciales, que hayan hecho un breve noviciado y que tengan capacidad para ser empleados mañana como agregados comerciales en las plazas y mercados internacionales es necesario que sigan de cerca el desarrollo y la amplitud de las empresas industriales. El viejo mundo se ha atrincherado en

estos consejos de administración, donde, naturalmente, además de agnosticismo hay también prebendas notables, que resarcen del leve trabajo. Si no ponemos hombres de los nuestros en los ganglios vitales del Régimen, haremos nosotros simplemente la parte más difícil, abstracta, la que es impopular a los ojos de las grandes multitudes. No es necesario tener economía capitalista, la teoría demagógica de los tiempos idos. No hay que temerla, sino dominarla.

"5º —Propaganda. Yo no creo mucho en la eficacia de la propaganda, en la multiplicación de palabras más o menos brillantes. A pesar de ello, cuando de ciertas cátedras parten palabras de admonición, la resonancia en las multitudes es enorme. No imaginas la repercusión de una frase del Duce: "Hay que llegar desnudos a la meta". Muchos camaradas han hablado con orgullo de esta frase y muchos, precisamente hablando de sus propias alternativas anticipan

esta otra: "Yo llegaré desnudo a la meta". Muchos podían ser vendedores de humo, pero diversos pronunciaban estas palabras con un contenido orgullo. Cuando el Duce añadió: "Yo tengo un soberbio desprecio por el dinero", y amplió esta frase con los necesarios complementos, a fin de no hacer creer que la vida toda pudiera ser concebida franciscanamente, muchos se royeron el corazón y se humillaron al ver las pequeñas vanidades, los deseos de riqueza, las ambiciones exageradas de cierta gente frente a este hombre que podía dominar un pueblo conservando la serenidad primigenia de un asceta. Este predicar, no la renunciación estúpida, sino la nobleza del trabajo y del desinterés, tiene también su parte de importancia. Somos un pueblo que necesita oír predicadores. Se ha dado el caso de ver anticlericales de resonancia que durante la Cuaresma fueron a escuchar con agrado a los predicadores de las iglesias. Si a todo esto

se agrega también la obra de la prensa, podemos creer que muchos desequilibrios de aspecto moral pueden ser contenidos y circunscriptos a más escasos límites. Las nuevas generaciones deben crecer en esta atmósfera de serena vitalidad y no de artificio.

"6° — Jerarquías mayores. Es necesario, en tu calidad de Secretario del Partido, altísimo cargo en el régimen totalitario, que, cuando sea oportuno llames al orden hasta a los parlamentarios, a los subsecretarios y diría casi también a los ministros, ese día en que faltaran a ese concepto rígido de la disciplina fascista, que debe ser igual para todos los jefes y los gregarios. No soy de opinión que los gregarios deban discutir actos de los jerarcas mayores. Podrán señalarlos, pero sería peligroso hacerlos objeto de una discusión general. De todos modos, el Secretario del Partido, que en otros tiempos podía sin justificación expulsar a un ministro, puede, creo, llamar al or-

den a parlamentarios que ostenten su poder, su prepotencia, que abofeteen o insulten al prójimo sin motivos plausibles. Para algunos cónsules deberá proveer el Comando de la Milicia. Pero hace falta que también estos elementos, que tienen el honor de estar en segunda o tercera fila, sientan el peso de la disciplina. Este año ha habido manifestaciones no del todo claras y no del todo simples. Este vivir sobre todas las playas tirrenas y adriáticas, con una arrogancia, un clamor periodístico y un cortejo más o menos interesado, no es un espectáculo edificante. Comprendo que buena parte de estos desequilibrios traen su origen desde hace tres meses del incesante calor estival, tanto así que si consultamos las estadísticas de las víctimas callejeras, de los delitos pasionales y de las riñas, hallamos que en las dos terceras partes, la culpa se debe al calor. Pero, aparte de esta paradoja, es necesario que en tu calidad de Secretario, llegues tempes-

tivamente a dar la sensación de que el Fascismo no crea prebendas, ni prevaricatos para nadie, y que las obligaciones y el deber son tanto mayores cuanto más alto es el puesto que se ocupa en las jerarquías del Partido.

"7º — En fin, quiero recomendarte el movimiento juvenil. Existe un espíritu severo, casi estaría por decir anguloso como Renato Ricci, que vigila muy bien, con eficacia y con tenacidad las alternativas del movimiento de los "balillas" y de las "vanguardias". Pero los diarios, también los de nuestra parte, deben limitar sus críticas a la vieja generación, para dedicarse por completo a los jóvenes. Aparte de que los jóvenes podrían creer que somos detestables, no es exacto ni es justo que una generación que hizo una guerra y una revolución tan difícil, y que desde hace muchos años trabaja para trabar el paso a las fuerzas adversas de los elementos y de los hombres, no es justo, repito, que deba

ser tratada como un viejo mundo en disolución, que merece más conmiseración que respeto. Es un cliché que en la mente de los jóvenes podría ser peligroso. Vigilemos por sobre las almas frescas y cándidas de los hombres de mañana; pero no las convirtamos en ajenas a lo que es la vida, y sobre todo, hagámoslas orgullosas de lo que ha sido el Fascismo en su período heroico, y en el no menos difícil período de la reconstrucción. Y, como viviendo se mejora, y persistiendo se solidifica, es lícito esperar que las nuevas generaciones sean mejores que nosotros, que a nuestra vez no nos sentimos indignos de ellos. — Arnaldo Mussolini".

Según una de las informaciones corrientes de la Oficina análoga, el Consejo de Ministros de Septiembre se habría ocupado de la Milicia Forestal con intención de volver a un "cuerpo técnico militarizado". "*Espero* — me es-

cribió el 21 de Septiembre — *que no querrás humillar la Milicia, que es también muy benemérita, transformándola en una entidad de carácter dudoso, ni carne, ni pescado. La Milicia y las dos escuelas forestales de Amelia y de Cittá Ducale, deben quedar, a mi criterio, como están. Los que se ocupan de la técnica desarrollan todo el trabajo de reconstrucción forestal. Los otros vigilan para que los bosques no sean destruídos o vivan en los escalafones que requieren los grandes servicios de las administraciones civiles. Aparte de que el probar y el volver a probar en las administraciones del Estado resulta siempre peligroso. Te digo todo esto con espíritu de forestal fascista, muy lejos de querer inmiscuirme en lo que es tarea de las grandes administraciones del Estado''.*

El 27 de Noviembre de 1928, en el Aula del Instituto Superior de Agricultura,

se le hizo entrega del título *Ad Honorem* de doctor en Ciencias Agrarias.

El 29 de Diciembre de 1928 me escribía acerca de la actividad de Starace:

"Acerca de la situación milanesa las novedades son pocas. Starace prosigue su obra revisionista y purificadora. El ha dado al Fascismo una línea y un estilo aprobados por los propios secuaces y apreciados vivamente por los ciudadanos".

En los primeros días de Enero de 1929 declinaba por segunda vez el ofrecimiento de la candidatura a diputado, que le fuera hecha por el honorable Amicucci. Pero los aspirantes lo punzaban, y, con fecha 19 de Febrero, me escribía:

"No te cuento la vida de estos días para defenderme de los asaltos de todos los candidatos o pseudos tales, viejos diputados y nuevos aspirantes. Todo el

fervor tiende a las designaciones, mientras sería oportuno transportarlo hacia un campo diverso, o sea el del Plebiscito. Yo no niego a la Cámara una función. Antes bien, la creo una guarnición legislativa; pero una nación tiene muchas guarniciones, y, por lo tanto, también la Cámara debe estar proporcionada en el cuadro de todas las demás actividades".

Mientras la lucha del Plebiscito estaba en pleno desarrollo, Arnaldo me hizo llegar la copia de una invitación que le había sido hecha, para una gira de conferencias en América *"por cuenta de quince importantes universidades americanas, varias cámaras de comercio, asociaciones bancarias y otras organizaciones"*, y me pedía mi opinión. Le contesté que me parecía bien, aunque era condición previa para el éxito la de poseer el idioma inglés.

Siempre ansioso por los destinos de

la gran ciudad que lo hospedaba desde hacía tantos años, el 18 de Julio de 1929, me escribía:

"Continuando mi conversación telefónica de ayer, no te escondo la impresión de estupor y de sorpresa que ha determinado en los medios que conocen la vida milanesa, la noticia de que De Capitani tendría que abandonar la comuna. La incompatibilidad existe realmente, bien que De Capitani es un hombre que puede superarla. En este concepto se informa tu decisión de hace diez meses. Un cambio en la "Podestería" de Milán no tendría en estos momentos repercusión favorable entre los ciudadanos, que ven en De Capitani al hombre probo que vigila, con un escrúpulo y celo hasta excesivos todas las actividades financieras, patrimoniales, morales y económicas de la comuna. El honorable De Capitani ha llegado ya a la nivelación; no ha aminorado para nada los trabajos en

ejecución; los servicios públicos son perfectos. Hay que acordarle crédito por un año más, por lo menos, para que pueda cerrar con activo la obra desarrollada por él, y rendir cuenta de lo que ha sido hecho en colaboración con el vicepodestá, con la Consulta, con el Fascismo".

La idea de la humanidad que afluía de la calle Lovanio, está trasuntada en esta carta del 3 de Mayo de 1930:

"Recibo una infinidad de gente que me pide favores, subsidios, recomendaciones. Otros piden que les acuerdes audiencias, otros más tienen proyectos, inventos, publicaciones para someter a tu juicio. Conduzco con mucha habilidad esta muchedumbre de insatisfechos y procuro no agregar molestias a las muchas que tendrás."

En una carta siguiente, del 2 de Junio, me narraba las impresiones de mi última

semana de Mayo en Milán, culminante en las manifestaciones de la plaza del Duomo y del Monumento a los Caídos.

Después de algunas semanas encuentro entre mis papeles sus cartas orladas con luto por la tragedia del hijo. De una carta fechada el 20 de Octubre de 1930 al doctor Ravasio, uno de los dirigentes del Fascismo milanés, me place tomar el siguiente y significativo trozo:

"He tenido ocasión, en otras oportunidades, de afirmar claramente que no reconozco legítimo el derecho que tienen algunos (privilegiados por el hecho de tener a su disposición un diario), de ejercer la crítica en sentido escandalista. Pueden hacerse indicaciones, pero nada más. ¿Por cuáles virtudes excesivas, humanas o divinas, taumatúrgicas o no, un periodista puede pontificar acerca de vida o de muerte, puede hacer valoraciones más o menos exactas, puede expresar juicios más o menos fun-

dados, críticas más o menos honestas, sobre todos los hechos que interesan a un partido, a una ciudad, en sus enmarcaciones legítimas? Con este cartabón el principio jerárquico es tronchado. Es inútil que yo agregue que el señor Belloni no me interesa para nada. Quizás, en Milán, soy el único que no ha tenido ocasión de pedirle el favor de un fósforo o la protección de un guardia civil".

Poco después, el 14 de Noviembre, Arnaldo volvió a Milán, acogido por una gran manifestación popular. El 10 de Diciembre de 1930, me escribía: *"Mis noticias no tienen mucho interés. De todos modos te diré que estoy satisfecho de que Augusta se encuentre en Roma suficientemente bien, de modo que podemos reconstruir nuestra casa, tan cruelmente sacudida. No te escondo que pensando en Sandrino y en sus memorables armonías siento el agudo dolor de los primeros días".*

Por ese tiempo pronuncié en la Cámara un discurso sobre la abolición de la festividad del 20 de Septiembre. Así lo juzgaba Arnaldo el 13 de Diciembre de 1930:

"Te escribo desde el lecho donde me encuentro desde ayer con fiebre y fuerte dolor de garganta. Mañana me levantaré, por lo menos así lo espero. Solo, lejano, guardando cama, con mil recuerdos angustiosos, no es cosa que resulte grata. No es nada. He leído esta mañana tu discurso. Es inútil decir que me ha gustado mucho. Yo "sentía" desde hace algún tiempo la necesidad de una defensa histórica de la Unidad italiana. Los fascistas, presas por la contingencia, inadvertida mente, permiten desmantelar el castillo de la Unidad y la probidad de sus artífices. El "Osservatore Romano" es un gotero de este género. Tu proba y medulosa disertación histórica pone las cosas en su lugar y levanta el tono general de la

vida política del País. Dicho esto, te señalo la impresión desagradable que se tiene leyendo tus discursos en tercera persona. Supongo que has elegido esta forma de llevar tu discurso por que algo parecido deberás decir al Senado. De lo contrario, la tercera persona sería un error. El pueblo italiano quiere la línea clara y recta. Quiere comunicarse directamente con el Duce. Su psicología y su sensibilidad deben encontrarse. La tercera persona es un diafragma que hace perder vigor y eficacia al discurso y da una forma sinuosa y retorcida al pensamiento. Con las mejores congratulaciones por la substancia del discurso no he sabido callarte estas mis impresiones acerca de su forma".

En 1931 la correspondencia es escasa, debido a que nos veíamos a menudo y por largas temporadas.

Esta carta es del 26 de Octubre de 1931:

"Te envío estos ejemplares del "Almanacco Fascista", *aparecido exactamente -como te prometí- en la víspera del aniversario de la Marcha sobre Roma. Estoy preparando, patrocinado por el profesor Ferri, otro volumen que te agradará*: "Arte Romano en el Danubio". *Hay elementos fotográficos interesantísimos. Renuevo mis congratulaciones por las magníficas jornadas napolitanas".*

La última carta lleva fecha del 9 de Diciembre de 1931:

"Queridísimo Benito:

"Deseo darte algunas noticias complementarias de las que acostumbro proporcionarte por teléfono. El nombramiento de Starace ha hallado en Milán una amplia aceptación... La situación política milanesa es normal. La Obra de Asistencia ha iniciado ya su acción benemérita. De acuerdo con Brusa visitaré algunos

círculos de barrio, no con fines de propaganda, sino para enterarme de lo que se hace en los grupos y para confortar a los camaradas en su obra de fraternidad y de asistencia. El Podestá me ha asegurado que se planearán siempre nuevos trabajos. El invierno, por más que se presente malo, no tiene aspectos hoscos... He recibido algunas visitas a propósito de estilo y de exhibicionismo que yo condené duramente en la lección a los jóvenes (que, entre paréntesis, ha tenido un éxito que no podía siquiera imaginar). Han acudido a mí también algunos aspirantes a académicos y a senadores para sentar su candidatura. Yo escucho mucho y hablo poco. Más bien, no hablo nada... Estaré en Roma la semana próxima para discutir el balance de la provincia con la comisión central. Tengo también la reunión de fin de año del Instituto de Previsión para Periodistas, y, en fin, una reunión del Comité de Pesca, a propósito del cual el Duque de Génova me parece exagera con

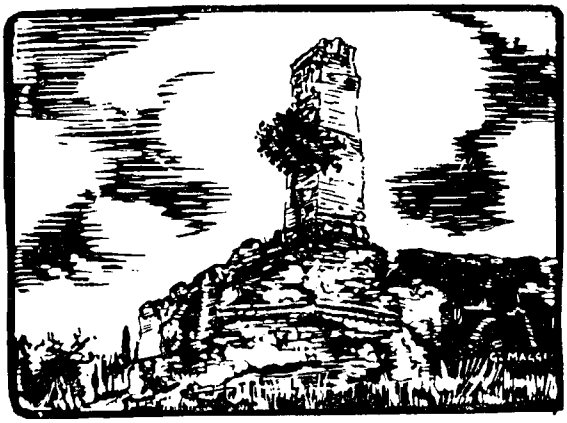
respecto de mi apreciación sobre un problema que apenas conozco".

En la primera mitad del año 1928, Mr. Child, embajador de los Estados Unidos de América en Roma, me propone escribir mi autobiografía para publicar primeramente en el folletín del *"Saturday Evening Post"*, y recoger después en un un volumen.

Decidimos, Arnaldo y yo, que le daría el esquema, los elementos y los documenmentos, y que él me aligeraría de la tarea de escribirla. La redacción de mi autobiografía le pertenece. Y él puso mucho empeño, mucha diligencia, empleó en ella muchísimo tiempo y tradujo los eventos de mi vida en una prosa no redundante, sino simple y clara, tal como los norteamericanos la deseaban.

Las cartas que aquí he transcripto no representan sino una mínima parte de la colaboración que Arnaldo me prestó. Esa colaboración tuvo desenvolvimien-

to en mil otros modos y sectores, no sólo en Milán, sino en Roma, no sólo en Italia, sino en las colonias; no sólo en el campo estrictamente político, sino también en el de la economía y del espíritu. Un político puede dudar de su más fiel colaborador, verse renegado, hasta por el hijo; pero el hermano es seguro, bien que Arnaldo era el espíritu en el cual podía, de tanto en tanto, anclar el mío y hallar así algún instante de huidiza quietud. Eran los minutos en que inclinados sobre la tumba de nuestra Madre, en San Casiano, o reunidos el 29 de Julio para mi cumpleaños, o subidos a la "Rocca delle Caminate", para allí volver a mirar desde lo alto los lugares donde pasamos el mejor tiempo de nuestra adolescencia, nos mirábamos a los ojos en silencio, volviendo a pensar en aquel tiempo, ignaro y feliz, que encerraba en su regazo nuestro duro destino.



La Rocca delle Caminate

HERMANO Y HOMBRE

En Noviembre de 1926, Arnaldo escribía: *"El Duce no puede estar presente sino en las manifestaciones, osaríamos decir de carácter histórico. Y ahora, después del sosiego, más ágil y más decidido que antes, vuelve a tomar el Duce el camino sobre la cuesta de la historia. Nosotros lo seguiremos en silencio y desde lejos."* Yo era ya desde Noviembre de 1926, *"Benito Mussolini, que ha desbaratado partidos, creado el Fascismo, disuelto en* 48 *horas un cuerpo arma-*

do como la Guardia Regia, liquidado el soldino, el "Aventino" y, con el discurso del 3 de Enero, los oportunistas". Sólo una vez, después del atentado de la Gibson, en el *"Popolo d'Italia"*, Arnaldo dice: *"He telefoneado a mi hermano".* Este trato fatal de jerarquía política no impedía, con todo, a nuestros espíritus latir al unísono en el ámbito familiar. Nuestra vida privada, era, puede decirse, común. Pero la manifestación de nuestro recíproco afecto estaba contenida siempre en Arnaldo por su temperamento, más interior que comunicativo, y por cierto respeto. Tenía el pudor de su afecto hacia mí. Yo lo sentía omnipresente, pero en la sombra. Existía una "confianza", la más amplia y recíproca si bien había en él — también — la devoción al jefe. En mi había para él un sentimiento de ternura — centuplicado a partir de la desgracia de Sandrino — y un motivo de orgullo por cuanto también él había superado brillantemente su difícil

prueba. El debía subir: ya había subido, aunque por propia virtud, no por el apellido que llevaba. Si él hubiera vivido todavía algunos años, le habría llegado por derecho propio el reconocimiento de orden nacional que todos habrían comprendido y aprobado perfectamente. El dolor lo había madurado, antes de matarlo. En los últimos tiempos, nuestros encuentros, nuestra intimidad eran interrumpidos por largos silencios. Deambulábamos por los paseos de Villa Torlonia, sin pronunciar palabra, a pesar de que ambos teníamos el mismo pensamiento: Sandrino. Deseaba decirle, y le decía a veces: "Recóbrate, distráete"; el viaje a Libia le fué casi impuesto por mí, mas no insistía mucho en el temor de aparecerle como olvidado de su incurable tortura interior. Pasada la Navidad, yo le había proyectado un viaje a los países balcánicos, bien que no me hacía ilusiones sobre sus resultados. Ya vivía en otra vida y la que transcurría

conmigo y con los demás no era sinó una vida refleja, de simple espera.

Ahora, en la mente se acumulan los interrogantes, los "por qué" crueles de lo irreparable, los "si" dubitativos; cada uno de nosotros es llevado a ilusionarse que el curso de las cosas hubiera podido ser diverso si los médicos le hubieran impuesto el reposo; si no hubiera estado, el domingo anterior, dos horas inmóvil en una temperatura glacial para asistir a un partido de "foot-ball"; si yo hubiera sido puesto al corriente de los disturbios que había sufrido en los últimos días; si él mismo no hubiera ordenado a sus secretarios no decirme palabra sobre la visita de los médicos; y los "si", podrían continuar. En realidad, desde el 15 de Noviembre de 1928, Arnaldo tenía despedazado todos los mecanismos vitales, que duraron dos años más por obra de inercia. Después de haber sufrido tanto, la Muerte fué más benigna que la vida: lo tomó de improviso

y se lo llevó al otro lado — en un instante — sin hacerlo sufrir.

Fué un "bueno". Esta virtud de la "bondad" era innata en él. Bueno, lo cual no significa débil, pues la bondad puede muy bien conciliarse con la más grande fuerza de ánimo, con el más férreo cumplimiento del propio deber. La bondad no es tan sólo cuestión de temperamento, sino de educación. Y además — en los años maduros — es el resultado de una visión del mundo, visión en la cual los elementos optimistas sobrepasan a los pesimistas, pues la bondad no puede ser escéptica, sinó que debe ser creyente. Arnaldo, por lo tanto, era llevado a la bondad por este triple orden de elementos, nunca por un cálculo político o por un afán de popularidad. El ejercicio de su bondad era extremadamente reservado. Pedía que no se le hiciera publicidad. Imploraba — especialmente en los últimos tiempos — que todo se desenvolviese en silencio. Sólo hoy por las cartas

que recibo, tengo la impresión de la magnitud alcanzada por esta obra bondadosa. La cual no sólo era de orden material. Un diario es como un ribazo del océano sobre el cual acaban por ser rechazados, por las procelosas olas, poco a poco, todos aquellos para quienes la vida fué un problema jamás resuelto y un sufrimiento jamás aplacado. Se puede ser "bueno" acordando un subsidio, interesándose por un puesto, hallando un alojamiento y también diciendo una palabra humanitaria o haciendo una severa llamada al orden. Ser buenos significa practicar el bien sin trompas de publicidad y sin esperanza de una recompensa ,ni siquiera divina. Permanecer "buenos" toda la vida; ¡esto dá la medida de la verdadera grandeza de un alma! Permanecer buenos, a pesar de todo, o sea, a pesar de los engaños tendidos a la buena fé por los mistificadores, a despecho de las ingratitudes y los olvidos, a disgusto del cinismo de los profe-

sionales ¡Hé aquí una cima de perfección moral, a la cual pocos llegan y en la que muy pocos permanecen! El "bueno" jamás se pregunta si vale la pena. El cree que siempre vale la pena. Socorrer a un desgraciado, aun si no lo merece; enjugar una lágrima, aun si es impura; dar un alivio a la miseria, una esperanza a la tristeza, un consuelo a la muerte, todo ello significa no considerarse extraño a la humanidad, sino —carne y sangre— partícipe de ella; significa tejer la trama de la simpatía, con hilos invisibles más poderosos, que ligan los espíritus y los hacen mejores.

Al ejercicio de estas virtudes se dedicó Arnaldo por completo después de la muerte de Sandro. Entonces no tuvo sino un pensamiento y un propósito: hacer el bien para honrar la memoria del hijo: bien a todos, a amigos, indiferentes, y aún a los enemigos. No tanto personales suyos —que, quizá no tuvo— como de nuestro tiempo y de nuestro triunfo. Es-

taba lejísimo de sus intenciones y no hay duda de que esta obra suya resultaba también al Fascismo.

El Fascismo tomaba con él otro aspecto, no sólo el necesariamente duro, de la Revolución. El Régimen a través de su obra, se "humanizaba": el cálculo político cedía lugar al impulso del corazón. ¿Por qué en el árido desierto de la política militante no debiera correr la veta— aunque sea secreta, pero limpia y restauradora — de la bondad? Los poderosos ¿no temperaron siempre, y en todo tiempo, el ejercicio de la fuerza con el de la bondad? No obstante, Arnaldo no quiso ser nunca "poderoso". Como gregario, como hombre, se sentía un "humilde". En su testamento asoma esta palabra evangélica. En su último discurso, del 20 de Diciembre, veinticuatro horas antes de que su corazón cesara de latir, ¿no hablaba asimismo de los "humildes", hacia quienes debía dirigirse el esfuerzo solidario de todas las orga-

nizaciones del Régimen? La multitud innumerable, que se congregó detrás de su ataúd, ¿no era la prueba de que el alma del pueblo respeta la fuerza, pero quiere a la bondad? La bondad lleva en sí otra característica: el perdón. Arnaldo perdonaba también, y sobre todo, a aquellos que le habían amargado. A ello era conducido por sus constantes y profundas convicciones religiosas. Era un creyente; mas — como lo dijo en su última conferencia en la Escuela de Mística Fascista — no era *"creyente en un Dios genérico, a quien a veces para disminuirlo, se denomina infinito, cosmos, esencia, sino en Dios Nuestro Señor, creador del cielo y de la tierra, y de su Hijo, que un día premiará en los reinos ultraterrenos nuestras escasas virtudes, y perdonará, lo esperamos, los muchos defectos que se encierran en los actos de nuestra existencia terrena"*. El testamento espiritual que es de 1928, contiene una no menos elevada y clara profe-

sión de fe. Esta fe lo había acompañado toda la vida. No era, pues, la fe que llega a la hora del crepúsculo, cuando, cansados o desilusionados de la tierra, los hombres se acuerdan del Cielo, sino la fe de la primera infancia y después, de toda la vida. Practicar el bien, en nombre de Sandrino, era la invocación de este Arnaldo después del triste Agosto de 1930. Entre los papeles hallados en su despacho del Palazzo Margherita, había un volumen de bolsillo del *"Nuevo Testamento"* y una hoja escrita de su puño, la cual decía: "ver Salmo 130".

El Salmo 130 es el "Canto de los Peregrinos" y dice:

De los profundos, oh Jehová, a ti clamo.
Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos
a la voz de mi súplica.

El roble grande

EL TESTAMENTO DE ARNALDO

He aquí el testamento de Arnaldo en su texto íntegro. Por una de esas crueldades que frecuentemente el destino se complace en agregar a las tragedias de la vida, el testamento apareció en todos los diarios de Italia — salvo el *"Popolo d'Italia"* — mutilado en su parte exquisitamente política y fascista. Quise guardar la otra parte — la profana, entendamos — para otro momento. El testamento ha sido leído por millones de hombres, y pocos, estimo, han podido

substraerse a la elevada y patética sugestión que en el documento surge. Es un instrumento que está vinculado a un estado de ánimo, a profundas convicciones religiosas y no a acontecimientos de orden extrínseco. La suerte que tocó al documento de Arnaldo — debida tan sólo, quiero creerlo, a la confusión y al dolor de todos, en esas jornadas — me induce a declarar desde este momento — también porque mi tránsito podría ser no menos repentino que el de Arnaldo — que yo no he hecho, ni haré testamentos de género alguno, no espirituales, no políticos, ni profanos. Será inútil, por lo tanto, buscarlos. No tengo más que un deseo: el de ser sepultado al lado de los míos en el cementerio de San Casiano. Sería grandemente ingenuo si pidiera que se me dejara tranquilo después de muerto. En torno a las tumbas de los jefes de esas grandes transformaciones que se llaman revoluciones, no puede haber paz. Pero todo lo que fué hecho no

podrá ser borrado mientras mi espíritu, ya librado de la materia, viva, después de la pequeña existencia terrena, la vida sin fin y universal de Dios.

He aquí el testamento de Arnaldo:

IL POPOLO D'ITALIA.
EL DIRECTOR.

Hoy veintiséis de Octubre de Milnovecientosveintiocho, Año Sexto.

26— 10 — 928 — VI

En uso de mis plenas facultades mentales y espirituales, como medida de simple previsión, no bajo la impresión de profecías más o menos siniestras, siento la necesidad de fijar mis precisas voluntades para que en caso de muerte quienes me sobrevivan conozcan mis propósitos ,mi fe y devoción por ellos.

Dirijo ante todo un pensamiento a Dios, supremo regulador de la vida de los hombres, y deseo morir — si es posible — con el gran confortamiento de

la religión católica, en la cual he creído desde la infancia, y que ninguna vicisitud de la vida, privada o política, ha podido desarraigar de mi espíritu atormentado.

Funerales religiosos, por lo tanto, de los más simples, sin derroche de coronas, flores, o discursos. Pido a los colegas sean sobrios en lo comentarios necrológicos. Un cortejo de breve duración y de breve recorrido. A los íntimos sólo expreso el deseo que me acompañen hasta el recinto que habrá de acoger mis despojos mortales. No tengo preferencias por el lugar de la sepultura. Si mi esposa y mis hijos se quedan en Milán, deseo permanecer junto a ellos; de lo contrario, en Romaña, en la tumba de los Mussolini, si algún día se construye, o mejor aún, en Paderno, en la loma que está al salir del cementerio, en una urna de piedra viva. Me parecerá revivir eternamente con las gentes de mi tierra, dominando el valle donde un día floreció mi esperanza.

En línea política reafirmo mi fe fascista y la certidumbre en los destinos de la Patria adorable, lamentando vivamente no haber dado toda la vida intensa en obras a la gran Madre Patria. A mi hermano Benito la devoción de todo tiempo y el augurio sentido por su noble férvido y desinteresado trabajo. A mi hermana Edvige con la mayor ternura, por la instintiva solidaridad entre los humildes, mi afecto y fraternal augurio.

Pero sobre todo y todos está en mi corazón mi pequeña Augusta, alma excepcional de bondad, de virtud sin igual. Ella me ha acompañado, a través de mi vida borrascosa, con una dedicación sin ejemplo. Madre y esposa llena de amor, invoco del Sumo Dios bendiciones infinitas para ella y que le dé fuerza para sobreponerse con serenidad a las alternativas tristes de la vida, en la espera confiada de reencontrarnos en el reino infinito del espíritu después del paréntesis terreno.

A mis queridísimos hijos Sandrino (Itálico), Vito y Rosina — tanta dulzura de mi vida — las bendiciones del papá — que ha trabajado, esperado y creído por ellos. Confío en que el ejemplo de mi actividad, de mi desinterés habrá de servir como acicate y parangón en las contingencias difíciles de la vida. Estoy seguro que llevarán con mucha honra ni nombre intachado y que rodearán de todo vigilante cuidado, atención y delicadeza a su madre dignísima.

Mis bienes materiales por cualquier razón o título, la prima de seguro y de liquidación los hereda en su totalidad mi esposa, Augusta Bondanini y los administra en el nombre y provecho de nuestros tres hijos, los cuales a la muerte de la madre dividirán en partes iguales las pocas existencias, muebles e inmuebles. El importe del seguro de periodista, deseo sea destinado al Instituto de Previsión. Dejo otras beneficencias al criterio de los míos queridísimos.

Pido humildemente perdón si involuntariamente he hecho mal a alguien, si he transgredido las leyes divinas y humanas.

Confío mi nombre y memoria a mis familiares y mi alma a la misericordia de Dios.

Arnaldo Mussolini.

CODICILO

Hoy diez de Diciembre de 1930 (*novecientos treinta*) *releyendo mis disposiciones testamentarias, no hallo razón para modificaciones substanciales. La muerte del adorable Sandrino me produce una angustia desesperada. El debe estar cerca de mis despojos mortales, de igual manera como tengo gran fe en que él estará más cerca de mí en los Reinos de Dios. He dispuesto que su parte de bienes sea distribuída en obras buenas. Deseo que se siga haciendo revivir su*

santa memoria en obras de bien. Reflorezca siempre su nombre y su santa memoria.

Que Dios nos asista.

Arnaldo Mussolini.

DESPEDIDA

Llegado al fin, releído cuanto he escrito, oigo una voz que me pregunta: ¿Queréis, quizá poner a Arnaldo Mussolini en el Panteón que la Patria destina a los Inmortales?

¡No!

La loma áspera — hasta ayer casi impracticable — de Paderno, no es el Panteón. En su testamento, Arnaldo ha dado la medida de sí mismo. Y si sus voluntades no fueron respetadas íntegramente, la causa de ello debe buscarse en

un gesto espontáneo del pueblo, que habría sido penoso en extremo rechazar o humillar. "Nada de largos cortejos — él ha dejado dicho. — Nada de extensas necrologías".

Interpretando su espíritu, sé que él sería el primero en protestar si alguien quisiera elevarlo a los fastos de los héroes, de los profetas, o de los santos. Quizá alcanzó un poco de santidad a través de un largo dolor. Pero los italianos, y no sólo los fascistas, lo honran y lo recuerdan porque fué "alguien", porque en su labor de periodista y de escritor sirvió egregiamente al Régimen y a la Patria, porque no tuvo ambiciones, ni se valió del nombre para ascender rápidamente; sino que fueron el trabajo, la fe y la obediencia a la idea quienes lo condujeron poco a poco a lo alto, entre las figuras de primer plano del Régimen. Por su muerte he sufrido y sufriré mucho: las mutilaciones del espíritu, como las del cuerpo, son irrepara-

bles. Siento el dolor por la partida de Arnaldo como un fuego secreto que me ha de acompañar siempre: fuego alimentador de mi voluntad y de mi fe. Llevaré la carga también por él, para que todo su trabajo, su pasión, su dolor, no se dispersen: para que su memoria sea honrada; para que los ideales en que creyó triunfen y duren, también y sobre todo, más allá de mi vida.

FIN

INDICE

	Pág.
Advertencia de los traductores	7
Prefacio	13
Primeros recuerdos	21
Adolescencia	43
Arnaldo soldado	53
Después de la guerra	67
El periodista y el escritor	81
Colaborador	143
Hermano y hombre	195
El testamento de Arnaldo	209
Despedida	219

ESTE LIBRO TERMINO DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL TOR EL DIA 20 DEL MES DE MARZO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS TREINTA Y SIETE